

COLECCION

DE

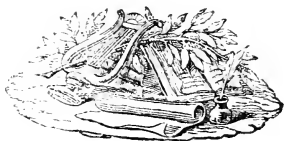
OBRAS DRAMÁTICAS,

ORIGINALES Y TRADUCIDAS.

EL MOLINO DE LA ERMITA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO.

Precio 8 reales.



MADRID.

LIBRERIA DE CUESTA, CALLE MAYOR.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: *librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

<i>Albacetè.</i>	Serna.	<i>Murcia.</i>	Mateos.
<i>Alcoy.</i>	V. de Martí é hijos	<i>Motril.</i>	Ballesteros.
<i>Algeciras.</i>	Almenara.	<i>Manzanares.</i>	Acevedo.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Mondoñedo.</i>	Delgado.
<i>Almeria.</i>	Alvarez.	<i>Orense.</i>	Robles.
<i>Aranjuez.</i>	Sainz.	<i>Oviedo.</i>	Palacio.
<i>Avila.</i>	Rico.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Badajoz.</i>	Orduña.	<i>Palencia.</i>	Gutierrez é hijo
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Mayol.	<i>Palma.</i>	Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Pamplona.</i>	Barrena.
<i>Burgos.</i>	Hervias.	<i>Palma del Rio.</i>	Gamero.
<i>Cáceres.</i>	Valiente.	<i>Pontevedra.</i>	Cubeiro.
<i>Cádiz.</i>	V. de Moraleda.	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Castroudiales.</i>	García de la	<i>Maria.</i>	Valderrama.
	Puente.	<i>Puerto-Rico.</i>	Marquez.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Reus.</i>	Prins.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Ronda.</i>	Gutierrez.
<i>Castellón.</i>	Lara.	<i>Santúcar.</i>	Esper.
<i>Ciudad-Real.</i>	Arellano.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Coruña.</i>	García Alvarez.	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	Muñoz García.	<i>nerife.</i>	Ramirez.
<i>Chicluna.</i>	Sanchez.	<i>Santander.</i>	Laparte.
<i>Ecija.</i>	García.	<i>Santiago.</i>	Sanchez y Rua
<i>Figueras.</i>	Conte Lacoste.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Gerona.</i>	Dorca.	<i>Segovia.</i>	Alonso.
<i>Gijón.</i>	Ezcurdia.	<i>S. Sebastián.</i>	Garralda.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Sevilla.</i>	Alvarez y Comp
<i>Guadalajara.</i>	Oñana.	<i>Salamanca.</i>	Huebra.
<i>Habana.</i>	Charlain y Fernz.	<i>Segorbe.</i>	Clavel.
<i>Hara.</i>	Quintana.	<i>Tarragona.</i>	Aymat.
<i>Huelva.</i>	Osorno.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Huesca.</i>	Guillen.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Jaca.</i>	Hidalgo.	<i>Teruel.</i>	Castillo.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Tuy.</i>	Martz. de la Cr
<i>Leon.</i>	Viuda de Miñon.	<i>Talavera.</i>	Castro.
<i>Lérida.</i>	Rixact.	<i>Valencia.</i>	M. Garin.
<i>Lugo.</i>	Pujol y Masia.	<i>Valladolid.</i>	Hernaiz.
<i>Lorca.</i>	Delgado.	<i>Vitoria.</i>	Galindo.
<i>Logroño.</i>	Verdejo.	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	Cano.	<i>trá.</i>	Pers y Ricart.
<i>Málaga.</i>	Casilari.	<i>Zamora.</i>	Calamita.
<i>Mataró</i>	Abadal.	<i>Zuragoza.</i>	Pintor.

EL MOLINO DE LA ERMITA,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR MME. REGNAULD DE PREBOIS :

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

FOR

Don Ramon de Valladares y Saavedra.

*Representado con aplauso en el Teatro de Variedades, el
29 de Marzo de 1856.*



MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS,

CALLE DEL TURCO, NÚMERO 11.

1856.

PERSONAS.

ACTORES.

LUISA.	Sra. Martinez.
IRENE.	Srita. Bagá.
CARLOTA.	Sra. Guerrero.
MAURICIO DE SALZBERG.	Sr. Pardiñas.
ALFREDO DE STERK.	Sr. Beas.
EL CONDE DE SELÑAN.	Sr. Hernandez.
EL MARQUÉS DE MONTEVERDE.	Sr. Còria.
WALSTEIN, <i>su amigo.</i>	Sr. Chavarria.
TOMÁS, <i>molinero y posadero.</i>	Sr. Córcoles.
FRITZ, <i>criado.</i>	Sr. N. N.
UN OFICIAL DE POLICÍA.	N. N.
UN SARGENTO.	N. N.

La escena pasa en Hungría, de 1849 á 1850.

Esta obra es propiedad de los SRES. D. LUIS Y D. JOSE DE OLONA, los cuales perseguirán ante la ley al que sin su permiso lo reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del Reino y Ultramar, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuese su denominacion, con arreglo á la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.

Se consideran como fraudulentos los ejemplares que no lleven la contraseña adoptada por los propietarios de esta obra

Procedencia

N.º de la procedencia

5674

PROLOGO.

Un paisaje á alguna distancia de Presburgo, capital de Hungría. En primer término, habitación de Tomás; á la izquierda un molino.—A la derecha un pabelon.—Escaleras practicables para salir al uno y al otro.—Mas lejos un soto que sirve de cercado.—En último término una granja de aldea, y en el horizonte la ciudad de Presburgo.

ESCENA PRIMERA.

MONTEVERDE, *entrando por el foro.*

Ya es muy tarde, y esta correría por el bosque me ha despertado un apetito feroz!... Presumo que me darán bien de comer en la quinta del amigo Tomás. (*Aparece un criado en el fondo.*) (*Al criado.*) Volved á Presburgo con mis atavíos de caza; yo tomaré el carruaje público que me condujo la otra noche á la ciudad. (*Vase el criado.*) Y eso que es detestable; pero algunas veces proporciona buenos encuentros: testigo la linda Carlota que, á la verdad, no tenia otro defecto... que aquella vieja puesta á su lado por los estúpidos celos de un marido.

TOMÁS. No, señora! no! no quiero! (*Dentro.*)

MONT. Calla! Si no me engaño es él!

ESCENA II.

MONTEVERDE. TOMÁS.

TOMÁS. (*Al paño.*) Os repito, señora, que yo soy aquí el amo! Que yo solo tengo el derecho de mandar.

MONT. No moveis poco ruido, señor Tomás!

TOMÁS. El señor marqués de Monteverde aquí! En qué puedo servir á V. E?

MONT. Podrás darme de comer?

TOMÁS. Vaya! Como que tenemos una boda, de las que se ven pocas!

MONTE. Habrá mucha gente?

TOMÁS. Al contrario; nada mas que el marido, la mujer, los testigos y la madrina. Parece casamiento de ocultos... y aun me olvidaba lo mejor; acaban de decirme que no comerian, y que así que concluya la ceremonia partirán en una silla de posta.--Verdad es que me han pagado generosamente; pero todas mis provisiones han quedado sin utilizar y están ahora á vuestra disposicion.

MONTE. Magnífico! Pero, dime, á quién reñias? á la muchacha de la posada?

TOMÁS. Señor! si es una pobre vieja, y yo soy demasiado bueno para incomodarla! A quien reñia era á mi mujer.

MONTE. Ah! con que eres buen amo, pero mal marido?

TOMÁS. Soy el mejor marido del mundo! Adoro á mi Carlota! y si no fuera tan coqueta...

MONTE. Eres celoso?

TOMÁS. Pardiez! Hace ocho dias que no sé lo que le pasa!

MONTE. Hace ocho dias! (*Con alegría.*)

TOMÁS. No hay medio de obtener de ella una sonrisa; ni siquiera una mirada, aun cuando la hable de adornos y cintajos, que es lo que siempre la produce buen efecto. En qué pensará?

MONTE. (*Aparte.*) Quizá en mí.

TOMÁS. Qué decis?

MONTE. Nada. Dicen que es muy linda la señora Carlota!

TOMÁS. Cómo linda! (*Vivamente.*) Es de rechupete!

MONTE. Te creo. Y qué te responde cuando le preguntas?

TOMÁS. Me vuelve las espaldas! Esa es su manera de responder. Hay mas! Voy á deciroslo todo, porque me ahogaría sino...

MONTE. Vamos, di!

TOMÁS. Hace ocho dias que paso todas las noches en este molino...

MONTE. (*Riendo.*) Ocupado, como buen molinero en moler harina?

TOMÁS. Cá! no señor! llorando de rabia, porque estoy así con mi mujer!

MONTE. Y tus lágrimas no enternecen á la cruel?

TOMÁS. Si no las vé, puesto que duerme tranquilamente en ese pabellon.

MONT. (*Aparte.*) En ese pabellon!--Magnífico! (*Alto.*) Mi querido Tomás, aquí para entre los dos, te diré que de todo lo que sucede, tienes tú la culpa... tú eres ambicioso!

TOMÁS. Ambicioso! ambicioso! Quiero redondear mis negocios! esto es todo. Pero, qué tiene que ver eso con mi mujer?

MONT. Amigo Tomás, todo se liga en el mundo. Tú no eras al principio mas que simple mozo de molino: quisiste que el molino fuese tuyo; despues te pareció que debias unir á él...

TOMÁS. La posada, como dependiente de aquel. Pero, qué tiene que ver eso con mi mujer?

MONT. Paciencia!... Te has casado con una mujer linda para atraer parroquianos. Si desgraciadamente para tí se han realizado todos tus deseos, si la muestra agrada á todo el mundo, y todos tratan de arrebatarte ese tesoro, si esperimentas, en fin, los tormentos de los celos, de quién es la culpa?

TOMÁS. Teneis razon! Qué imbécil soy! Hubiera debido pensar en esto!... Oídme, señor marqués; como habeis sido siempre tan bueno para mí, vuestra presencia aquí me sugiere una idea.

MONT. Cuál?

TOMÁS. No me atrevo! y sin embargo... me haríais un gran favor?

MONT. (*Llenándole un vaso.*) Bien sabes que no soy orgulloso! Vamos, de qué se trata?

TOMÁS. Si quisiérais hablar de mí á mi mujer...

MONT. Lo haré por complacerte.

TOMÁS. Decidle muchas cosas buenas.

MONT. Le diré todo lo que pienso de tí.

TOMÁS. Gracias! Qué marqués mas campechano!

MONT. No hay por qué darlas.

TOMÁS. En fin, decidla que me entregue la llave de ese bien-aventurado pabellon.

MONT. La llave!...--(*Aparte.*) Calla! está en la puerta!

WALS. Ah de casa, posadero! (*Dentro.*)

MONT. Yo conozco esta voz!

TOMÁS. Será alguno de la boda; uno de los testigos.—Allá voy!—Con que, está convenido; tratareis de convencer á mi mujer?

MONT. Ese es mi mayor deseo.

TOMÁS. Gracias! gracias!-- Qué bueno es!-- Voy! voy!
(*Vase.*)

ESCENA III.

MONTEVERDE, solo por un instante. Despues CARLOTA y TOMÁS.

MONT. Qué excelente marido! Y he de dejarle dueño de un tesoro como ese! Yo lo arreglaré todo! La llave del pabellon está en la puerta, y el muy zopenco ni siquiera piensa en cojerla. Decididamente quiere que sea yo. (*Coje la llave.*)

CARL. (*Entrando.*) Señor marqués, qué haceis? Volvedme esa llave.

MONT. Despues, linda Carlota.

CARL. No, al momento.

MONT. Antes tengo que hablar con vos, hija mia.

CARL. Hablar! es imposible!

(*Tomás entra cargado con una maleta y precediendo á Walstein, que aparece en escena á su tiempo.*)

TOMÁS. Cómo imposible! Es preciso!

CARL. Qué! Tú quieres?...

TOMÁS. Ya se vé que quiero! El señor marqués nos hace el honor de comer en nuestra posada; tomará café como de costumbre en la sala baja.—Cuidad de que sea bueno y que esté caliente; que al señor marqués no le gusta nada frío.

CARL. Pero...

TOMÁS. Bueno y caliente y le servireis vos misma.

CARL. Obedeceré, señor Tomás. (*Aparte.*) Estos maridos tienen ojos para no ver!--(*Alto.*) Obedeceré...

ESCENA IV.

Dichos. WALSTEIN.

WALS. Un instante, bella Carlota... Os he encargado esta mañana de una comision.

MONT. Walstein! Tú aqui?

WALS. Yo mismo. (*Cojiéndole la mano.*) Querido amigo.— Todo estará dispuesto á la hora indicada?

TOMÁS. Para la boda?... como que yo mismo he desplumado los pavos. Pero una vez que no se come aquí...

CARL. Me he entendido con el señor cura para todo lo que concierne á la ceremonia.—Nada de ruido ni de fausto! Pero en rebancha una abundante lluvia de limosnas! No es así como lo ha ordenado el señor conde de Salzberg, el noble desposado? (*Movimiento de sorpresa de Monteverde.*)

WALS. Sí, eso es!... y cuento con vos!

TOMÁS. (*Bajo á Carlota.*) Piensa en lo que te he dicho.

CARL. Lo pensaré.

TOMÁS. La hablareis? (*A Monteverde.*)

MONT. Ya comenzaba.

TOMÁS. Corriente!—Esto vá bien!—Qué feliz voy á ser!
(*Vase por un lado, y Carlota por otro.*)

ESCENA V.

MONTEVERDE. WALSTEIN.

MONT. Mauricio de Salzberg se casa?

WALS. Esta misma noche.

MONT. Comprendo el misterio de que se rodea. El conde es uno de los que mas se han comprometido en el último movimiento...

WALS. Sí, se ha lanzado casi á ciegas en un camino que temprano ó tarde, tenia que conducirle al destierro.

MONT. El caso es que yo le creía en él lo menos quince dias há.

WALS. Su seguridad lo hubiera exigido; pero el amor lo ha dispuesto de otro modo.

MONT. Y quién es, entre nuestras altas damas, la belleza, hasta hoy desconocida, que renuncia á todas las vanidades del mundo, para participar de la suerte de un proscrito?

WALS. No es una gran dama, es una pobre y bella huérfana, pensionista del convento de Santa María, donde la jóven Irene de Salzberg, hermana del conde, fué educada. Ella misma era la amiga mas íntima de la que hoy se casa con su hermano.

MONT. (*Vivamente.*) En el convento de Santa María? Y cómo se llama esa jóven?

WALS. La que se casa hoy?... Luisa de Morén.

MONT. Luisa de Morén! (*Muy vivamente.*)

WALS. Pero no tengo necesidad de hacer su elogio! Tú la conoces. Pues qué, la crónica de los salones no ha hecho correr el ruido extraño, inverosímil, de que el marqués de Monteverde, el noble calavera, el D. Juan moderno, era víctima de una pasión puramente contemplativa por la hermosa pensionista del convento de Santa María, á quien habia visto en la misa del Domingo, detras de las verjas que separan á las religiosas de la multitud! Pobre Monteverde! (*Riendo.*) Héle aqui caido del cielo á la tierra: el ángel que habia casi convertido al endurecido pecador, no era mas que una mujer, querido amigo, y lo que es mas, la mujer de otro!

MONT. (*Ocultando su despecho.*) El sueño sería mucho mas interesante, si hubiera pensado alguna vez en ella. Lo que me ocupa en este momento es una belleza mucho menos delicada quizá, pero á mis ojos, ese es el mayor mérito de Carlota.

WALS. La molinerilla!... Verdad que es graciosa! Pero tiene marido...

MONT. El marido!... Me ha dado carta blanca para hablar bien de él á su mujer!

WALS. Confianza que te honra, y de que tú abusarás...

MONT. (*Con cólera.*) Así lo espero. (*Aparte.*) Luisa de Morén casada!

WALS. Pero, es tarde, y me estraña no ver aun al conde y á su desposada. (*Va á mirar por el foro.*)

MONT. (*Para sí.*) Va á venir dichosa y amada esa orgullosa jóven que ha rehusado ser mi mujer, á quien amo sin embargo, y á quien amaria siempre, á pesar de todos los desdenes.

TOMÁS. (*Entrando.*) Acaban de darme esta carta para el caballero Walstein.

WALS. De Frantz de Lienard. (*Tomándola.*) El segundo testigo del conde. (*Lee para sí.*) Es posible!... Una estocada le retiene en su lecho.

MONT. He aqui el matrimonio de tus queridos amigos retardado.

WALS. Porque nos falta un testigo?... No estás tu aqui?

MONT. Yo?

WALS. (*En tono burlon.*) Puesto que nunca has amado á Luisa..

MONT. Tienes razon: acepto! —(*Aparte.*) Este es un medio de volverla á ver.

WALS. Ella viene con su anciano amigo y tutor el conde de Seliñan.

MONT. Detesto á ese filósofo burlon!

ESCENA VI.

Dichos. EL CONDE. LUISA.

CONDE. Somos los que han llegado primero, Luisa mia.

WALS. No tal, señor conde.

LUISA. Caballero de Walstein... (*Saludándole.*)

MONT. Señorita!... (*Inclinándose.*)

CONDE. (*Mirándole con aire sardónico.*) Hola! el señor Marqués de Monteverde! Jé! jé!...

LUISA. Caballero... (*Inclinándose friamente.*) (*Aparte.*) Su presencia en semejante dia, es para mi como un presagio de desgracia!—(*Alto*) Señor conde, debeis estar fatigado. Quereis que entremos á descansar?

MONT. (*Abanzando un banco á Seliñan.*) A nosotros toca cederos el puesto.

CONDE. (*Riendo.*) No esperaba menos de vuestra cortesanía, querido enemigo íntimo...

MONT. Esa palabra!...

CONDE. La repito: enemigo íntimo! no es mia la culpa, ni vuestra sin duda, es de la naturaleza que nos ha hecho tan diferentes el uno del otro que nos es imposible entendernos en lo mas mínimo.

MONT. Vuestras bromas, caballero...

CONDE. Con vos soy siempre muy formal.

MONT. Entonces, diré que vuestra brusca franqueza no logrará desvanecer la profunda estimacion que os profeso, y me esforzaré siempre en conformar mis pensamientos y mis opiniones á las vuestras.

CONDE. Muy difícil será. Es en mí cosa tan natural estar en contradiccion con vos, que si una vez por casualidad fuese de vuestro parecer, cambiaria al momento, para no desmentir la costumbre.

MONT. Entonces, la lucha está abierta, y ya veremos quien lleva la ventaja; si vuestras prevenciones contra mi, ó mis simpatías por vos.

CONDE. Ya veremos.

ESCENA VII.

Dichos. TOMÁS Y CARLOTA.

CARL. (A él.) Está servido el señor marqués. Voy á prevenir al señor cura. (Al conde y á Luisa.)

(Sale por el fondo. Monteverde se inclina de nuevo delante de Luisa y el Conde.)

TOMÁS. (Bajo y aproximándose á Monteverde.) Hace poco que me decía á mi mismo que esto iba bien; pero al contrario, todo vá mal.

MONT. Pues cómo?

TOMÁS. He querido abrazar á mi mujer y me ha dado un bofetón!

WALS. Un bofetón? (Que lo ha oído y sonriéndose con Monteverde.)

TOMÁS. Estoy humillado, y no respondo de nada, si no procurais una reconciliación

MONT. La procuraré.

TOMÁS. Pero lo mas pronto posible.

MONT. Para mañana.

TOMÁS. Mañana es demasiado tarde: para esta noche.

MONT. (Para sí.) Esta noche es demasiado pronto.

TOMÁS. Cuento con vos.

MONT. No tengas cuidado; trabajaré como para mi mismo!

TOMÁS. Cada vez mas bueno! Yo os enviaré á mi mujer, y apretadla las clavijas!

WALS. (Mirándole.) Decididamente este marido es predeterminado!

(Tomás entra en la posada despues de Monteverde: Walslein sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

EL CONDE. LUISA.

LUISA. La vista de ese hombre...

CONDE. Me irrita.

LUISA. A mi me dá miedo. Por qué?... lo ignoro! Apenas le conocemos, y no tenemos de él ningun motivo de queja.

Me hizo el honor de pedirme en matrimonio, y yo...

CONDE. Y tú rehusaste? Hiciste bien.

LUISA. Para proceder así no tuve mas que miraros. Leí en vuestros ojos lo que pensásteis de él á primera vista; no me costó trabajo comprenderlo, aun cuando nada me dijisteis, amigo... padre mio!

CONDE. Ese es el nombre que prefiero.

LUISA. Habéis cumplido tan noblemente la triste mision que os legó mi madre!...

CONDE. Bastante recompensa ha sido! Si, Luisa: yo soy el verdadero deudor. Tu primera sonrisa, tu primer cariño fueron para el viejo huérfano, como una revelacion sublime de las alegrías de la familia.

LUISA. Padre mio! *(El conde la besa la mano, y continúa sonriéndose, despues de haber enjugado una lágrima.)*

CONDE. Decíamos. hija mia, que los dos habíamos rehusado la mano de Monteverde, que no nos perdona ni nos perdonará nunca esta herida hecha á su vanidad. Y que desde aquel dia nos habla con una deferencia fingida y tiene siempre la amenaza en sus miradas. Por esto...

LUISA. Por eso le tengo miedo.

CONDE. Por eso no puedo sufrirla. Esperimento siempre que me dirige un cumplimiento, no sé qué gusto en decirle algo desagradable para que me responda en el mismo tono, lo que por desgracia no sucede. Nunca me he preciado de camorrista, no conozco la esgrima, y si he sido testigo de tres ó cuatro duelos en mi vida, era siempre para arreglar el asunto, reconciliar los enemigos ó cargar las pistolas.

LUISA. Con pólvora!

CONDE. O con balas de corcho cuando no habia medio de poner á salvo el amor propio. Pues bien, con ese Monteverde, siento que podria ser á mi edad un duelista consumado; y tendria gran placer en batirme con él á muerte, con armas verdaderas.

LUISA. Amigo mio!

CONDE. Hago mal... Es cierto; no tengo razon; pero qué quieres; hija mia, es mas fuerte que yo...

LUISA. No hablemos mas de él.

CONDE. No; es demasiado ocuparnos de los que no amamos cuando los que amamos... se hacen esperar tanto...

LUISA. Aludís á mi querido Mauricio? Tiemblo por él en tanto que no se confirmen esos rumores de amnistia. Tiemblo siempre por su libertad y por su vida!

CONDE. Tranquilízate, Luisa, tranquilízate! su vida no será nunca amenazada. Y en cuanto á su libertad, tú misma has querido condenarte á esos terrores, puesto que los conocías de antemano; puesto que despues de haber luchado largo tiempo contra tu amor por exceso de generosidad, porque no querías asociar tu pobreza á su inmensa fortuna, no has consentido en ser su esposa mas que el dia en que su hermana vino á decirte que era desgraciado y que estaba proscripto.

LUISA. Oh! no me arrepiento de ello, padre mio, y lo haria cien veces. Mas por qué no están ya aqui ni él ni Irene, la compañera de mi infancia, mi hermana querida?

ESCENA IX.

DICHOS. IRENE. *Despues.* MAURICIO Y ALFREDO.

CONDE. Tranquilízate: aquí está ya.

LUISA. Ah! por fin es ella!

IRENE. Mi buena hermana!

LUISA. Vienes sola?

IRENE. No, pero me he adelantado á los dos inseparables, mi hermano y su segundo testigo; ya sabes, el capitán Alfredo.

LUISA. Al que tú amas!

IRENE. Cállate! por poco nos oyen!... Aquí están. *(Entran juntos Mauricio y el capitán Alfredo.)*

MAUR. Querida Luisa! *(La besa la mano.)* Amigo mio! *(Al Conde.)*

ALF. *(A Luisa.)* Me felicito de ser el primero en llamaros señora.

CONDE. *(A Mauricio.)* Perezoso!

LUISA. *(Sonriéndose.)* En efecto.

MAUR. No me acuseis. Ya sabes, Luisa, que lejos de ti no existo... y comprendo por otra parte las mortales inquietudes que acibaran la dicha de este dia; no soy yo quien me he hecho esperar, es el capitán.

ALF. Me ocupaba de tí.

MAUR. Lo sé, y te lo agradezco.

ALF. Creía traer á todos una buena nueva...

LUISA. La amnistía!

ALF. Y no sé nada... nada todavía!

TOLOS. Nada!

ALF. Espero: esto es todo. He visto poner en libertad algunos jóvenes escogidos, es cierto, entre los menos fogosos y emprendedores.

CONDE. (A Mauricio, sonriendo.) Dos cualidades que no son precisamente las nuestras.

MAUR. (Sonriendo.) Injusto amigo, que no suponéis que la experiencia de lo pasado pueda servir de enseñanza para lo porvenir! Vos mismo, buscad en vuestros recuerdos, y decidme si hay un joven, uno solo, que no haya tenido al menos una vez en su vida, la estúpida vanidad de querer reformar el mundo.

CONDE. Es verdad!

IRENE. Yo conozco uno, el capitán Alfredo.

MAUR. El...! Ha estado mas enfermo que todos nosotros... pero en el partido contrario... No fué entre nuestros adversarios donde le encontré por la vez primera el día en que me salvó la vida.

IRENE. No lo he olvidado; no lo olvidaré jamás!

ALF. No lo agradezcáis, señorita; yo no conocía aun á Mauricio... y lo que hice por él lo hubiera hecho sin vacilar por el último de mis enemigos. Pero no importa, en el día solemne de tu matrimonio y quizá de nuestra separación, porque te verás obligado á huir con tu esposa y tu hermana, si no se realizan mis esperanzas, en este día, pues, me atrevo á decir en tu presencia á la señorita de Salzberg: «Os amo, Irene, os amo... y con toda mi alma.»

MAUR. (Riendo.) Cuánto ha costado arrancar esa declaración del pecho de un capitán! Y tú, qué tienes que responder, hermana mía?

IRENE. Qué preguntas tienes! Parece que comprometiendo al capitán á que me hable de ese modo, has contestado por mí de antemano, y no puedo contradecirte.

ALF. Querida Irene...!

LUISA. Pero, qué habláis de separación, capitán! Habéis olvidado la promesa que nos hicisteis de venir a pasar con nosotros una temporada?

IRENE. Ah! qué buena eres! (Abrazándola.)

MAUR. Y quien diga lo contrario se verá conmigo.

ESCENA X.

DICHOS. CARLOTA. *Despues.* WALSTEIN. *Despues.* MONTEVERDE.

CARL. Señores, vengo á deciros que el señor cura espera.

MAUR. No hay que hacerle esperar; sus momentos como los nuestros están contados; pero no veo á mis testigos Walstein y Frantz.

WALS. Walstein aquí está.—*(Entrando.)* En cuanto á Frantz no puede venir porque se halla herido... pero aqui tenemos al Señor Marqués de Monteverde que se ha ofrecido á reemplazarle.

LUISA. *(El Marqués de Monteverde!)*

CONDE. *(Deberle un favor.)*

MAUR. *(Dirigiéndose á Monteverde.)* Me considero muy feliz diciéndoos que mi mayor placer será pagaros tanto favor con otro igual.

MONT. *(Mirando á Luisa.)* Os lo agradezco, señor Conde; pero yo no me casaré jamás, jamás... Jamás...! *(Al decir estas palabras se encuentra cerca de Carlota y la mira irónicamente, repitiendo á media voz el jamás.)*

CARL. *(No quiere casarse por mi causa! Qué amable es! Volvedme mi llave.)*

MONT. Jamás!

TOMAS. *(Que acaba de entrar.)* Está hablando á mi mujer! Bravo! Esto vá cada vez mejor!

(Vanse los actores. El Conde dá la mano á Luisa: Mauricio á Irene; siguen los dos testigos. La noche empieza durante la escena siguiente.)

ESCENA XI.

CARLOTA. TOMAS.

CARL. *(Sin embargo, será preciso que me la vuelva.)*

TOMAS. *(Vamos á ver si ha hablado en conciencia. Valor!)*

CARL. *(El tan amable, y mi marido tan...)*

TOMAS. *(Cogiéndola por la cintura.)* Soy yo, pichoncita mia!

CARL. *(Dando un grito.)* Ah! Qué gracioso es asustar á una de ese modo! Mi corazon anda mas de prisa que nuestro molino.

TOMAS. Soy yo quien le hace palpar! (*Alegre.*) Tu maridito!

CARL. Dejadme! (*De mal humor.*) Qué mosca os ha picado!

TOMAS. (*Ya no me tutea!*)—(*Desconcertado.*) Carlota, no te dice nada ese matrimonio?

CARL. (*Bruscamente.*) Y qué quieres que me diga?

TOMAS. (*Me ha tuteado!*)—Acuérdate, mujercita mia!

CARL. Acordarme? de qué?

TOMAS. Ah! ya veo que te acuerdas, porque bajas esos ojos tan picarillos!—Te acuerdas de lo que nos decía el señor cura. «Amaos fielmente, á fin de que un dia vuestros hijos os bendigan.»—Ese dia, Carlota, tú decias lo mismo, y no me dabas bofetones como hoy, cuando te hablaba de mi amor; no rechazabas mi mano como ahora: me dejabas coger la tuya... (*Se la coge.*) Y no me rehusabas... lo que me rehusas hace ocho dias... la llave del pabellon.

CARL. La llave?—(Oh! ciertamente será preciso que el Marqués me la vuelva!)

TOMAS. Vamos!

CARL. Qué?

TOMAS. Ya no estás enfadada. Dánela!

CARL. Dártela?

TOMAS. Ahora mismo!

CARL. (No puedo, sin embargo, confesarle que no la tengo.)

TOMAS. Qué estás diciendo!

CARL. Nada.—(Ganemos tiempo!)--Dárosla, señor mio?

TOMAS. Adios! Ya vuelve el tratamiento!

CARL. Esa llave?

TOMAS. Dónde está?

CARL. En primer lugar, es preciso merecerla.

TOMAS. Todo lo que quieras, tortolita mia; por esa llave del pabellon, un vestido de seda y unos pendientes!

CARL. Un vestido de seda! qué gusto!

TOMAS. Siempre coqueta!

CARL. No, ya no lo seré nunca.

TOMAS. De veras? Entonces te permitiré que seas siempre la mas bonita. Voy á comprarte el vestido de seda.

CARL. Qué bueno eres! (*Abrazándole.*)

TOMAS. Y tú qué amable!--(Calla! me he reconciliado solo! Diré al Marqués que no se vuelva á mezclar en mis asuntos.)

CARL. Anda pronto!

TOMAS. Hasta mas ver, hija mia, hasta mas ver: voy á ganar mi llave. (*Sale haciendo gestos, y tropieza con un sargento austriaco que entra rodeado de algunos soldados.*) No hagais caso, mi sargento, no hay de qué. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CARLOTA. UN SARGENTO. SOLDADO.

CARL. Un vestido de seda! no me ha dicho si será azul ó de ala de pichon!

SARG. Sentaos alli! (*Entra hablando con los soldados é indicándoles una mesa.*) Voy á tratar de saber... Patrona! (*Golpeando en la mesa.*) Patrona!

CARL. Aquí estoy. Qué quieren los señores soldados austriacos?

SARG. De tu mejor vino y cinco vasos.

CARL. Ya voy.--(*Para sí, saliendo.*) Un vestido de seda!... Necesitaré tambien una gorra nueva!

(*Sale por un instante, y vuelve luego con una criada que trae dos botellas de vino y cinco vasos.*)

SARG. Las mujeres feas ó bonitas gustan de palique. Conozco su flaco! atencion!--(*A Carlota.*) Con que hay novedades, patroncita!

CARL. Es muy posible!--(*Preocupada.*) Qué linda va á ser mi gorra!

SARG. En primer lugar un matrimonio!--Es bonita la novia?

CARL. Muy bonita.--(*Pensando en la gorra.*) Con flecos de encajes.

SARG. Qué es lo que dice? (*A los soldados.*) Voy á hacerla cantar.--Vamos, apuesto á que la novia es mas linda que tú.

CARL. (*Picada.*) Porque tenga un vestido de seda?

SARG. Con que es una gran señora? Y su marido?

CARL. Qué? De qué marido estais hablando?

SARG. Te pregunto si el casado es noble ó si se llama por ventura el Conde Mauricio de Salzberg.

CARL. Calla! le conocéis?

SARG. (*A los soldados que se levantan.*) El es, no hay duda.

Ya sabeis lo que teneis que hacer!--(*A Carlota.*) ¿Cuánto os debo, hija mia? Cobraos, y lo que sobre para añadir otro fleco á vuestra gorra.

CARL. Gracias, señor militar!

(*El Sargento y los soldados salen por diferentes puntos.*)

ESCENA XIII.

CARLOTA. *Después* MAURICIO. LUISA. ALFREDO. IRENE. MONTEVERDE Y WALSTEIN.

CARL. Lo esencial ahora es recobrar mi llave: difícil es! El Marqués me quiere tanto...! Estoy segura de ello! Y si no fuera cargo de conciencia mortificar á mi buen Tomás... Vamos! no pensemos en esto! Dios querrá que el pobre Marqués me olvide.—Pero aquí está con los demás que vuelven de la Iglesia. Calla! mira muy de cerca á la casada!

(*Durante este monólogo, se vé entrar á Luisa á quien Mauricio dá la mano. Irene del brazo de Alfredo: Monteverde y Walstein. Es de noche, pero bastante clara para que puedan distinguirse todas las fisonomías.*)

MAUR. (*Dando el brazo.*) Por qué, mi bella Luisa, cuando yo soy tan dichoso, pareces tan triste?

LUISA. No lo sé; no puedo pintarte lós siniestros sentimientos que me persiguen.—Quisiera, amigo mio, que nos hubiésemos marchado ya.

MAUR. No tardaremos mucho. Tu tutor ha ido á avisar para que venga la silla de posta.

(*La deja y va al fondo á reunirse con Alfredo que se pasea con Irene bajo los árboles.*)

MONT. (*Acercándose á Luisa.*) Conque es decir que no hay ninguna mirada de piedad para el que os adora siempre?

(*Carlota poco á poco se ha ido acercando con inquietud.*)

CARL. (*Ap.*) Hem? Qué es lo que dice?

LUISA. Señor Marqués!...

MONT. Vuestro recuerdo vivirá eternamente en mí!

CARL. (*Ap.*) No entiendo...

LUISA. Lo que un hombre de honor no debe olvidar nunca es el respeto de sí mismo.

(*Saluda y va á reunirse con Mauricio. Se los vé un instante bajo los árboles; después desaparecen por una de las calles del jardín.*)

MONT. (Oh! esta mujer!...)

CARL. (Esta mujer, es una mujer honrada, á quien debo imitar.)—Señor Marqués... (*Aproximándose á él.*)

MONT. Ah!—Mi consuelo!

CARL. Señor Marqués! mi llave!... me hace falta!

MONT. Para qué?

CARL. Para entrar en mi pabellon.

MONT. Sola ó con tu marido?

CARL. Os importa saberlo?

MONT. Soy celoso!

CARL. Celoso! (Ya no me engaÑais, caballero! Pero á mi vez os engaÑaré.)

TOMAS. (*Llegando por el fondo con un paquete en la mano.*
Traigo el vestido de seda.

MONT. No te entiendo, muchacha! Qué dices?

CARL. Digo, señor Marqués, que quiero tener mi llave para mí sola.

MONT. Y me dás palabra de que tu marido?...

CARL. Os juro que mi marido no vendrá esta noche al pabellon. (*Monteverde le entrega la llave.*)

ESCENA XIV.

Los mismos. TOMAS, que se ha acercado muy despacio, y lo ha oido todo.

TOMAS. Heee?... Qué es lo que dices?

CARL. Cállate, tonto! iré yo al molino!

TOMAS. (Al molino! Qué gusto!) AÑadiré una cadena de oro á los pendientes! Jé! jé! jé! (*Vanse juntos.*)

WALS. (*Que acaba de entrar y ha visto entregar la llave á Monteverde.*) Has encontrado quien te domine? Una aldeana á quien has entregado su llave!

MONT. Es verdad. Pero, tranquilízate, hay excelentes cerrajeros en esta aldea... he hecho construir otra. (*La enseña.*)

WALS. Otra?

MONT. A media noche volveré.

WALS. Te atreverás?...

MONT. De audaces es la fortuna.

(*Salen juntos por la izquierda. Por el lado opuesto se oye llegar una silla de posta.—Mauricio, Luisa, Alfredo é Irene, entran en escena y se dirigen al carruaje. El Conde baja de él.*)

ESCENA XV.

MAURICIO. ALFREDO. LUISA. IRENE. EL CONDE.

MAUR. Aquí está la silla de posta.

CONDE. No he perdido tiempo. Seguid mi ejemplo, amigos míos, y ganemos la frontera. No creo en el peligro, pero de lejos le arrostraremos mucho mejor que de cerca.

MAUR. Teneis razon! Luisa, hermana, es preciso partir!

LAS DOS. Partir!

MAUR. Oh! este instante es menos doloroso para mí de lo que habia creído! llevo conmigo todo lo que amo en el mundo.

ALF. Mauricio! Olvidas que me quedo yo!

MAUR. Lo sé, pero si quedas para ocuparte de nosotros, para preparar nuestro regreso, ausentes estaremos siempre unidos por el pensamiento, te lo prometo, Alfredo, te lo prometo por mí y...

ALF. Y por ella, no es cierto? (*Mirando á Irene.*)

MAUR. Sí, por ella. Gracias á tí participan de mis esperanzas, los que van á participar de mi destierro; gracias á tu abnegacion fraternal, pronto nos volveremos á ver en nuestra patria. Partamos! partamos!

(Van hácia el fondo. Luisa se dispone á subir al carruaje; pero en un momento el fondo del teatro se guarnece de soldados que llevan antorchas. A su cabeza está el sargento á quien se rió hablar con Carlota. Los que iban á subir á la silla retroceden. Tomás y Carlota acaban de entrar.)

ESCENA XVI.

Los mismos. EL SARGENTO. SOLDADOS. TOMAS Y CARLOTA.

SARG. Conde Mauricio de Salzberg, daos á prision!

LUISA. Mauricio!

IRENE. Hermano mio!

ALF. Es posible!

SARG. Leed, capitan.

(Le entrega el papel que tenía en la mano. Alfredo baja la cabeza con desesperacion despues de haber leído.)

:

LUISA. Separarnos! Pero yo soy tu esposa!... yo quiero seguirte!...

IRENE. Y yo también!

LAS DOS. No te dejaremos.

ALF. La orden es severa, y debe partir solo.

MAUR. Es preciso obedecer! Escribidme las dos. Luisa, escribeme que me amas, puesto que por mucho tiempo quizás no podrás decirmelo.

SARG. Vamos, señor Conde... (*Inclinándose.*)

MAUR. Vamos, y valor!

Va hacia el carruaje; las dos dan un grito y no se quieren separar de él.

LAS DOS. Ah!

(Mauricio sale por el fondo. Los soldados y el Sargento le siguen. Alfredo y el Conde llevan á las dos jóvenes al primer término del escenario y las sientan en un banco de piedra.)

ESCENA XVII.

DICHOS. menos MAURICIO Y SOLDADOS.—CARLOTA Y TOMAS han observado lo que acaba de pasar con interés y tristeza.

CARL. Pobres jóvenes!

TOMAS. Separarlos el día mismo de su matrimonio!

CARL. Y amándose tanto!

ALF. Esta promesa que acabo de hacer á Mauricio, podré cumplirla! Sin embargo, Irene, iré á Presburgo; allí tengo amigos... amigos poderosos, y quizás...

IRENE. (*Levantándose y tendiéndole la mano.*) Alfredo, seré vuestra esposa el día en que me traigais á mi hermano.

ALF. Gracias, gracias por esa palabra.—(*Se dirige al Conde y le dá la mano mirando á Luisa.*) Pobre alma desgarrada! Decidla que espere... la esperanza centuplica las fuerzas para la lucha... Decidla que le salvaré! Oh! le salvaré! (*Mirando á Irene.*) Le salvaré! (*Vase.*)

IRENE. Luisa... hermana mía!

(Luisa se levanta, la mira, se esfuerza en vano por hablarla; su voz se ahoga en sollozos; deja caer la cabeza sobre Irene, prorumpiendo en llanto. Irene la muestra el cielo, se inclina, y las dos caen de rodillas. El Conde se descubre. Tomás que se ha aproximado hace otro tanto y Carlota baja

la cabeza como para tomar parte en la plegaria de las dos jóvenes.)

CONDE. *(Después de una pausa, dirigiéndose á los aldeanos.)*

Amigos míos, podreis albergarnos esta noche?

CARL. De muy buena voluntad.

TOMAS. Estareis mal, pero una mala noche...

CARL. Para vos, señor, hay una alcoba debajo de la nuestra en el molino.

TOMAS. *(Indica la puerta izquierda.)* Para la señorita, el cuarto que está al lado del de la jardinera.

CARL. Y para la señora... *(Por Luisa.)*

TOMAS. Para la señora el pabellon verde! *(El Conde le aprieta la mano en señal de agradecimiento.)*

FIN DEL PROLOGO.

Acto primero.

QUINCE MESES DESPUES.

Un salon de verano en las cercanías de Presburgo.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE Y FRITZ. (*El Conde está sentado delante de un velador con un libro.*)

CONDE. Es inútil! no pienso en lo que leo! (*Se levanta y llama. Entra Fritz.*) Las señoras no están dispuestas aun?

FRITZ. No están menos impacientes que vos, señor; pero aun es temprano.

CONDE. (*Mirando su reloj.*) En efecto, las diez y media, y el correo de Viena á Presburgo no llega hasta mediodía.

FRITZ. (*Presentándole un periódico.*) Si quereis leer entre tanto las últimas noticias de Austria, creo que por allá abajo todo va mejor para los que nos interesan.

CONDE. (*Con inquietud.*) Fritz, habeis leído ese periódico?

FRITZ. De la cruz á la fecha. Puede dejarse sin temor en manos de las señoras.

CONDE. Sois un buen muchacho.

FRITZ. Qué diablos! Cómo no habia de interesarme por la suerte de mi jóven amo, á quien no conozco, es cierto, pero que hace quince meses se halla encerrado en una fortaleza militar.

CONDE. Y aun así, es preciso dar gracias á Dios, que ha protegido su vida!

FRITZ. A Dios? Y al capitan Alfredo de Sterk.

CONDE. Tienes razon: Alfredo, el noble prometido de nuestra querida Irene, á quien ha jurado traerle su hermano. Pobre Mauricio! tocar la realizacion de sus deseos y ver de repente levantarse entre él y su esposa las murallas de una prision de Estado! Y Luisa! mi hija adoptiva!... ana la veo en su sombrío dolor rehusar el socorro de Irene y desconocerme á mí mismo.—Por mucho tiempo he temblado por su vida, mas aun por su razon! El doctor, mi antiguo amigo, exigió que se separase de nosotros por algunos meses; despues nos la ha traido, mas tranquila, pero siempre triste, rechazando á la vez el consuelo y la esperanza! La voluntad de Mauricio era que Luisa é Irene esperasen los sucesos en las cercanías de Presburgo, donde pasarian la vida, si no dichosa, al menos al abrigo de las tempestades del mundo. Espero que encontrará bien escogido este retiro á su regreso, y le será dado verlas de nuevo! Pero no vuelven y el tiempo pasa! Fritz, vé á decirlas... No, no, voy yo mismo; es preciso que intervenga para apresurar nuestra partida. (*Váse por la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

FRITZ. *Despues* MONTEVERDE.

FRITZ. Qué buen amo es el mio! Cuánto me alegro haber entrado á su servicio!

MONT. (*Entrando por el fondo.*) Están visibles las señoras?

FRITZ. Señor marqués!

MONT. Os ruego que me anunciéis.

FRITZ. Es que el señor marqués...

MONT. Anunciadme os digo! (*Fritz se inclina y sale.*)

ESCENA III.

MONTEVERDE.

A ejemplo del Conde, mi enemigo íntimo, como se complace en llamarme él mismo, todo el mundo aquí, hasta los criados, me reciben con cierto disgusto! Qué me importa? Tengo una voluntad de hierro! Luisa, tarde ó temprano pagarás tus desdenes. Sé á mi regreso que su marido está

ausente y proscripto, y vuelvo á su lado mas enamorado que nunca, y mas despreciado quizá; y ni el desden de sus lábios, ni la cólera de sus ojos, me han curado de esta pasión insensata. Yo, que por donde quiera he gozado en engañar y seducir, encuentro aquí mi castigo en este fatal amor.

CONDE. (*Dentro.*) Está bien, Fritz, está bien. Voy á recibirle.

MONT. El Conde!

ESCENA IV.

CONDE. MONTEVERDE.

CONDE. Señor Marqués, os saludo.

MONT. Señor Conde!...

CONDE. Perdonadme si os recibo en lugar de las señoras: estas me esperan para ir conmigo á saber de Mauricio, y...

MONT. No os molestéis por mí, volveré.

CONDE. No tal: espliquémonos desde luego.

MONT. Ya os escucho, mi querido enemigo.

CONDE. Hoy puedo repudiar este título; es un consejo de amigo el que voy á daros.

MONT. De veras?

CONDE. Convenid conmigo en que no venís aquí por mí todos los días hace seis semanas.

MONT. No diré tal cosa! (*Irónicamente.*)

CONDE. Hay aquí, confiadas á mi cuidado y á mi ternura, dos mugeres á quienes perseguís alternativamente para engañar mi atención; la una está casada con el caballero de Salzberg, que espero no tardará en volver al lado de su esposa.

MONT. Qué decís? (*Vivamente y con aire contrariado.*)

CONDE. Os agrada; no es verdad?—La otra está prometida al capitán Alfredo de Sterk, y se casará así que este le traiga á su hermano: ya veis, señor Marqués, que por los dos lados debéis perder toda esperanza. Como hombre de mundo, no tenéis mas que un partido que tomar.

MONT. Ese era vuestro consejo de amigo?

CONDE. Aceptadle con lealtad; así tendrán término mis prevenciones contra vos; y con la misma lealtad os tenderé la mano, recibiendo vuestro adios! (*Tendiéndole la mano*)

MONT. (*Saludando despues de vacilar.*) Permitidme al menos que no acepte vuestro consejo hasta haber saludado á esas damas: tendré el honor de volver. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA V.

EL CONDE. *A poco* FRITZ.

CONDE. Decididamente este hombre me hará salir de mi carácter, y tendré que reñir con él.

FRITZ. (*Por la izquierda.*) Las señoras esperan.

CONDE. Allá voy! allá voy! Quiera el cielo que traigamos buenas noticias. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA VI.

FRITZ.

La señora condesa está menos triste que de costumbre: la señorita Irene está casi alegre. El amo espera.—Vamos! Hé aquí un dia que comienza mejor que los demas! Yo tengo mi parte en sus instantes de alegría y de dicha, como la tengo en sus pesares: sin conocer á esos jóvenes, de quien todo el mundo habla en la casa, los espero con impaciencia.

(*Lo arregla todo, retira al fondo el velador, lleva el libro y váse. Se abre la puerta del fondo y se ve entrar á Alfredo y Mauricio, los dos en traje de viaje.*)

ESCENA VII.

MAURICIO. ALFREDO.

ALF. Debe ser aquí.

MAUR. Sí! lo creo! lo adivino! (*Mirando en torno suyo con emocion.*)

ALF. Y nadie para recibirnos! Habrán leído nuestra carta?

MAUR. Nada tendria de particular un retraso, y despues, como hemos venido tan deprisa...

ALF. Estábamos tan impacientes por volverlas á ver despues de tan larga ausencia! Pero repara, Mauricio, qué deli-

cioso retiro ha sabido encontrar el buen conde!... Esto es un Eden!

MAUR. Me place no hallar por el momento á nadie. Este retrato! el mio, hecho de memoria por ella! Ah! Luisa, mi querida Luisa!...

ALF. (*Por otro lado.*) Qué he leído! Mi nombre sobre este álbum! una letra admirable trazada por una mano adorada! (*Besa la página.*)

MAUR. Alguien viene!

ESCENA VIII.

DICHOS. FRITZ.

FRITZ. Dos desconocidos!

MAUR. Y vuestro señor, Fritz? (*Vivamente.*)

FRITZ. Sabeis mi nombre! (*Mirándole.*) Pero yo tambien conozco esta cara! Dónde la he visto?

MAUR. Vamos, habla!

FRITZ. La señora condesa ha salido. (*Reponiéndose.*)

ALF. (*Vivamente.*) Y su hermana, la señorita Irene? Y su tutor?

FRITZ. Han acompañado á la señora.

MAUR. Han salido, y tan temprano!

FRITZ. (*Mirando el retrato ante el cual se detuvo antes Mauricio.*) Todos los dias á esta hora van á la ciudad á esperar el correo. Pero hoy será inútil.

ALF. Por qué?

FRITZ. Porque el cartero se ha adelantado á ellas! (*Muestra una carta que tiene en la mano.*)

MAUR. Mi carta! (*Bajo á Alfredo.*)

FRITZ. Y porque aquel que ha escrito esta carta puede recogerla y anunciarse á si mismo.

MAUR. Qué quereis decir?

FRITZ. Quiero decir que sois el señor conde de Salzberg.

IRENE. Fritz! Fritz! (*Dentro.*)

ALF. Ah! es Irene!

MAUR. Es mi hermana!

ESCENA IX.

DICHOS. IRENE.

IRENE. (*Entrando corriendo y sin ver á los dos jóvenes.*) Acaban de decirme que ha llegado una carta en nuestra ausencia.

FRITZ. Es verdad; pero no soy yo quien puede entregársela. señorita.

IRENE. Pues quién?

ALF. Yo! (*Que ha tomado la carta de manos de Mauricio.*)

IRENE. Ah! Dios mio! (*Sorprendida.*) Sueño! Alfredo! (*Corriendo á él.*) Sois vos?—Estais solo? (*Con espanto deteniéndose.*) Y mi hermano? Ah! (*Viéndolo.*) Hermano mio! (*Se arroja á su cuello y tiende la mano á Alfredo.*)

MAUR. Hermana mia!

ALF. Señorita! (*Bajo, besándola la mano.*)

IRENE. Ah! qué sorpresa... y para ella tambien!... Luisa! (*Llamando.*) Luisa! (*Deteniéndose.*) Pero, alejaos un poco para que tenga tiempo de prepararla.

ESCENA X.

DICHOS. LUISA.

LUISA. Irene! Me has llamado? Te han entregado por fin esa carta? qué contiene? Dios mio! qué vas á decirme!

IRENE. Nada de malo, cálmate! tenemos buenas nuevas.

LUISA. Es posible! Hay alguna esperanza?

IRENE. Mas que eso aun.

LUISA. Cómo? Qué quieres decir? habla, habla!

IRENE. Adivina. (*Sonriendo.*)

LUISA. No sé. (*Mira, vé á Mauricio, queda un momento inmóvil, despues cae en sus brazos sin conocimiento.*)

MATR. Ah! Luisa!

IRENE. Vuelve en tí, hermana mia: tambien yo temia... ha estado tan mala...

MATR. Enferma! Luisa mia! y no me lo ha escrito!

IRENE. Bastante desgraciado eras!

ALF. Ah! sus lábios se agitan!... abre los ojos!...

MAUR. Mirame! mirame! Luisa, es tu amante, tu esposo! que ya no te dejará. No, nunca, nunca.

LUISA. Ah! es él!... él!... (*Reponiéndose atraída por la voz de Mauricio y echándose en sus brazos dando un grito de alegría.*) Fuera de todo peligro! Oh! gracias, Dios mio! habeis escuchado mis ruegos! habeis salvado al que amo con toda mi alma!... Bendito seais, Dios mio!

MAUR. Es la misma! Siempre tierna y amorosa. Ah! verse así al lado de todo lo que se ama, es una dicha tan inesperada, que apenas puede contenerla el corazon.

IRENE. Y toda esta dicha, ¿ a quién la debemos?

ALF. Yo debia salir con mi empresa; no hay en ello mérito alguno. No érais el ángel que conducia mis pasos, la estrella que me guiaba en mi camino! Vuestras últimas palabras resonaban constantemente en mi corazon como un cántico de esperanza. «Seré vuestra esposa, Alfredo, el día en que me devolvais á mi hermano!»

IRENE. Ah! he dicho eso? (*Conmovida, sonriéndose.*) Entonces será preciso que cumpla mi palabra.

MAUR. Y harás bien! Dónde encontrarías un corazon mas digno de comprenderte, hermana mia? Ah! este año pasado lejos de vosotras, ha sido para los dos una larga prueba, — pero sin desanimar á esta victima de la amistad! Un día, sin embargo, creí que todo estaba concluido: al siguiente debia morir.

TODOS. Morir!

MAUR. Habia pasado el dia escribiendo. Le recomendaba estos dos tesoros. Al llegar la noche me quedé dormido, cuando un ruido de llave en la cerradura vino á sacarme de mi letargo, y una voz me ordenó levantarme... Era el instante fatal. Puse la mano sobre el corazon, y no latia mas de prisa, á Dios gracias. Seguí á mi carcelero, cuya capa se dibujaba vagamente á través de los oscuros corredores. Pero qué sorpresa! En vez del rostro irónico é implacable que esperaba ver, el rostro de un amigo me sonreia á través de sus lágrimas. Era Alfredo, era la libertad! era la vida!!

(*Se abrazan: Alfredo hace un movimiento, y lleva la mano á su brazo izquierdo.*)

IRENE. Qué teneis! estais pálido!

ALF. No es nada. Mauricio me ha estrechado con fuerza!

MAUR. Perdona! siempre me olvido de esa herida..

LAS DOS. Una herida?

MAUR. Una estocada que recibió á lo que parece poco tiempo despues de mi arresto.

IRENE. Una estocada! Cómo? por qué?

ALF. Puedo decirlo, porque la sangre se sube á la cabeza... y cuando se lleva una espada, no es posible dejar de tomar la defensa del ausente á quien se insulta ó se calumnia, sobre todo cuando ese ausente es una muger!

LUISA. Una muger!

IRENE. Ah! Defendiais una muger?

(Luisa presta involuntariamente una atencion muy viva á lo que dice Alfredo.)

ALF. Oid, Luisa, os hago mi juez.

LUISA. Hablad.

ALF. Era el segundo dia del arresto de Mauricio. A fuerza de gestiones, obtuve formar parte de la escolta que debia conducir á Viena á nuestros prisioneros de Estado, y me quedaba una hora para unirme á ellos. Algunas personas se habian reunido en la posada donde se celebró tu matrimonio, y entre ellas varios jóvenes á quien habia visto en sociedades; uno de ellos se jactaba de una aventura que le habia sucedido la víspera en aquel mismo sitio. No se trataba sin embargo de una de esas victorias brillantes, alcanzada sobre el corazon de una coqueta... no!.. sino de la seduccion de una jóven aldeana que le habia preferido á su marido! Qué hizo entonces nuestro calavera? Por una astucia infernal, habia entrado por la noche en el aposento aislado donde reposaba la jóven. Oh! confieso que al oir semejante relato, no pude menos de decir á aquel hombre: «Vuestra accion es ya una infamia: jactaros de ella es mas infame aun; y me estraña que entre los que os escuchan, no haya uno que os diga que sois un cobarde!»

MAUR. Ah!.. por qué estaba prisionero! Te hubiera servido de segundo y hubiera recogido tu espada, cuando se escapaba de tu mano.

LUISA. *(Su emocion aumenta á medida que habla Alfredo.)* (He creido que iba á saber el nombre de ese miserable, pero no me atrevo á preguntarlo!)

ALF. Pues bien, Luisa, ya os he dicho que os tomaba por mi juez.

LUISA. Os lo agradezco en nombre de la desgraciada mu-

jer, que sin duda no conocerá nunca á su generoso defensor!

IRENE. Pienso como Luisa. (*Dándole la mano.*)

ALF. Pero el amigo olvida fácilmente sus deberes de soldado; ya sabes, Mauricio, que debemos hacer inmediatamente una visita al gobernador de Presburgo.

LUISA. Cómo? (*Estremeciéndose y aproximándose á Alfredo.*)

IRENE. Apenas de vuelta?

LUISA. Ya me dejas?

MAUR. Por poco tiempo. Alfredo debe presentarme al gobernador, y entregarle delante de mí la orden oficial de mi libertad.

IRENE. En el camino encontrareis á nuestro anciano amigo!

LOS DOS. El conde?

ALF. En efecto, dónde está?

MAUR. Ingrato de mí! no pensaba en él!...

IRENE. (*A Mauricio.*) Inquieto por no recibir noticias tuyas, se ha obstinado en quedarse en la ciudad para esperar el correo de esta noche.

MAUR. Está bien; voy á enterarle yo mismo.

ALF. Algo es una amistad como la suya despues del destierro!—Hasta despues.

MAUR. Hasta despues! (*Vánse.*)

ESCENA XI.

LUISA.

Mauricio! A mi lado! tenia la alegría en los ojos y la confianza en el corazon! Y yo! casi me vendo, cuando á la voz de Alfredo, todo acudia á mi memoria. Noche fatal! noche maldita, que ha destruido la felicidad, la dignidad de toda mi vida! El apellido de ese hombre cuyo crimen me ha perdido, por qué queria saberlo hace poco? por qué?... Aun cuando le conociera, cuál seria la reparacion? Qué expiacion para él, qué castigo, qué venganza podria obtener nunca? Cómo Mauricio no ha sospechado ya este espantoso misterio? y cómo podria sostener sus miradas, desventurada de mí! Cuando le amo siempre, cuando nunca le he amado tanto! Callarme, es una traicion!... Decirlo todo, es la muerte!... y el cielo no quiere que yo muera, no puede quererlo. Me pertenece acaso

mi vida? Volvamos á leer por última vez esta carta de Catalina Plimam, la única confidente de mi terrible secreto.

(*Saca de su bolsillo una carta. Entra Monteverde, que la ve, da algunos pasos para saludar, despues se detiene al oír leer la carta siguiente.*)

ESCENA XII.

LUISA. MONTEVERDE.

LUISA. (*Lee.*) «Quemad este billete en cuanto le hayais leído, señora. Ya no escribiré mas, porque no tendré seguridad en las personas que os lleven mis cartas; ademas, os suplico que no volvais mas á la granja de San Norberto! Tengo mucho miedo! Se cuidan demasiado de vuestras visitas; y ya no sé qué decir cuando me preguntan vuestro nombre y el de vuestro hijo.»

MONT. Qué oigo!

LUISA. (*Lee.*) «No tengais cuidado por él: le quiero y le trataré siempre como si fuera su madre. Os enviaré con frecuencia noticias tuyas por un medio muy sencillo y que no será comprendido mas que de las dos. En tanto que no tengais nada que temer por la salud del niño, os enviaré un ramo de violetas; y si por desgracia estuviese malo, de margaritas. Adios, querida señora; espero no enviaros mas que el primero de los ramos.»

(*Monteverde se adelanta lentamente durante la lectura, y se inclina delante de Luisa.*)

MONT. Señora condesa...

LUISA. Ah! vos, caballero!... (*Levantándose vivamente despues de haber ocultado la carta en su seno y mirando con terror.*) ¡Habrá oído?)

MONT. Acabo de saber que el señor conde de Salzberg estaba libre, y venia á saludarle, presentándoos mis homenajes...

LUISA. (Oh!... Dios mio!... Dios mio!... Qué debo creer.)

(*Se oye fuera la voz de Tomás y la de Carlota.*)

TOMAS. Que entraré os digo!

CARL. Entraremos!

ESCENA XIII.

DICHOS. FRITZ. CARLOTA Y TOMAS.

FRITZ. Señora, dos aldeanos que desean veros á toda costa...

(Tomás entra con su muger: sus trages son mucho mejores que en el prólogo.)

TOMAS. Ciertamente estamos encargados de una comision.

CARL. Y queremos cumplirla.

MONT. Qué encuentro! *(A sí mismo.)*

LUISA. Hablad! Qué me quereis? De qué se trata?

TOMAS. Se trata... *(Ve á Monterverde y se detiene diciendo.)*
(Hola!...)

LUISA. Seguid!

CARL. Se trata, sencillamente... *(El mismo juego de escena; se contiene reconociendo al marqués.)* *(Hola!)*TOMAS. El marqués! *(Bajo á Carlota.)*

CARL. Ya le he conocido.

TOMAS. *(Idem.)* Y yo tambien! Desde que me lo has contado todo, tengo un peso en el corazon!...

CARL. Cállate, que no estamos en nuestra casa.

TOMAS. Tienes razon!

MONT. *(Cuando yo decia que acabarian por entenderse á despecho de lo pasado!)*

LUISA. Acabád! en qué pensais?

TOMAS. Señora condesa... *(Volviéndose hácia Carlota.)* Mira, habla tú.

LUISA. Esplicaos!

TOMAS. En fin, señora condesa, venimos aquí porque una vecina, una amiga, la dueña de la granja de San Norberto...

MONT. *(*San Norberto!...LUISA. *)*

TOMAS. Sí; Catalina Plimam, nos ha encargado que viniésemos de paso á saludaros de su parte.

CARL. Y que os entregásemos...

LUISA. Un ramo! *(Vivamente.)*

TOMAS. Eso es!

LUISA. Dadme; dadme pronto!

CARL. *(Le da el ramo de violetas.)* Aquí teneis, señora condesa.

MONT. Violetas!

LUISA. (*Con un grito de alegría.*) Oh! gracias, gracias, amigos míos. (*Besa el ramo.*)

TOMAS. (Cáspita! Pues no le gustan poco las flores! Se las va á comer!...)

LUISA. (*Conteniendo el movimiento que acaba de hacer acordándose de Monteverde y mirándole.*) Cómo me mira! Tomad! tomad! (*Afectando indiferencia; pone el ramo sobre una mesa: despues ofrece un bolsillo á los aldeanos.*)

TOMAS. Eso no vale lá pena.

CARL. Dinero! no quèremos...

TOMAS. Ahora somos ricos.

CARL. Nuestro molino ha prosperado.

MONT. Es verdad: todos los sueños de ambicion se han realizado por fin, querido Tomás.

TOMAS. (*Bajo.*) Qué dice? Pues no se atreve á llamarme su querido Tomás, cuando intentó...

CARL. Conténte...

TOMAS. Si, pero que vuelva al molino, y yo le diré lo que hace al caso.

CARL. Para qué? Tú estas seguro de mí.

TOMAS. Vaya! Mañana te compraré cuatro vestidos de seda.

CARL. Servidora vuestra, señora condesa. (*Vánse por la puerta lateral.*)

LUISA. (*Que queda sola con Monteverde.*) Siempre! siempre esa mirada.

MONT. (Conozco su secreto! Ya es mia!)

ESCENA XIV.

LUISA. MONTEVERDE. ALFREDO. EL CONDE. MAURICIO. *Entran por el fondo Mauricio, Alfredo y el conde.*

CONDE. Os agradezco la sorpresa, querido Mauricio; acabad de cumplir vuestra palabra, y presentadme á Luisa.

MAUR. Luisa!... no está sola!

CONDE. El marqués!

ALF. El señor de Monteverde!

MAUR. (*Bajo.*) El adversario de quien hablábamos hace poco!

MONT. He querido, señor conde, tener el honor de ser el primero en felicitaros por vuestro regreso.

MAUR. Caballero!... (*Bajo al conde.*) No me gusta este hombre!

CONDE. A mi tampoco. (*Los dos se acercan á Luisa. Monteverde á Alfredo.*)

MONT. Si no me engaño, veo á un antiguo conocido! Me complazco en creer que os curaríais de aquella herida? (*Le tiende la mano.*)

ALF. (*Retirando la suya.*) Es á lo que parece de las incurables, pues apesar de todos mis esfuerzos, no puede llegar mi mano hasta la vuestra.

MONT. Es rencor?

ALF. Lo que gustéis.

MAUR. Yo diría que era memoria, demasiada por una parte, y no bastante por otra.

ESCENA XV,

LOS MISMOS. IRENE.

IRENE. Puesto que todos os conocéis, en nombre de mi hermana que me ha dado sus plenos poderes, suplicaré al señor de Monteverde que pase la noche con nosotros.

(*Movimiento de descontento de todos los personajes, y sobre todo de Luisa.*)

CONDE. {
MAUR.. }

ALF. Qué dice?

IRENE. (*Sin apercibirse.*) Y espero que no rehusará festejar con nosotros el regreso de mi hermano.

CONDE. (Oh! Estas chicas son tontas!)

MONT. Acepto con el mas vivo reconocimiento.

ALF. Sin embargo...

MAUR. (*Bajo.*) Cállate!

ALF. (*Ap.*) Vendrá por ella á esta casa?

CONDE. Pero no abusaremos de los instantes demasiado preciosos del marqués de Monteverde; le volveremos su libertad pronto. Hay fiesta esta noche en el molino de la Ermita?

MAUR. Y qué es eso de molino de la Ermita? Parece que recuerdo...

CONDE. Vaya! como que allí os habeis casado. No era entonces mas que un humilde molino que la industria de su propietario ha transformado despues en un verdadero Eden, donde se dan, dos veces por semana, fiestas á semejanza

de las noches venecianas; fiestas curiosas donde no falta nada!--Se me ha contado que el jueves último un pobre diablo, en busca, no sé si de su mujer ó de su hija, se ha hecho escoltar por la guardia civil de á caballo.

MAUR. La guardia civil! Dónde habia puesto ese hombre su corazon y su honor? Puede acaso prenderse al amante de su mujer? Arrestar al seductor de su hija! A este último se le pide cuenta del honor que ha robado, al otro... al otro no se le pide nada, se le mata!

CONDE. O se muere por él!

(Luisa ha tomado parte con terror en toda esta escena; en un movimiento maquinal ha cogido de la mesa el ramo. Aquí se escapa de sus manos. Monteverde se aproxima á ella, y levantando del suelo el ramo se lo da; á media voz.)

MONT. Estas flores que habeis dejado caer.

LUISA. Gracias!

MONT. Vuestras flores favoritas! *(En el mismo tono y con galantería.)* Si alguna vez, señora, me permitís que os envíe un ramo, tendré cuidado de no poner en él mas que violetas.

LUISA. Oh!... tengo miedo!... tengo miedo!

(Luisa apoya su mano en el respaldo de una silla, como espantada de lo que acaba de oír, y retrocediendo ante la mirada de Monteverde. Este se aleja sonriendo con aire burlesco al conde, que ha venido lleno de inquietud á interponerse entre los dos.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. FRITZ.

FRITZ. La señora condesa está servida.

MAUR. Mi querida Luisa!

(Luisa toma el brazo que su marido la ofrece, pero sus ojos siempre llenos de espanto no pueden apartarse de Monteverde.)

CONDE. *(Ap.)* Yo velaré.

(Irene marcha alegremente hácia Alfredo, y va á tenderle la mano; pero Monteverde se encuentra en aquel momento al lado de la jóven y la ofrece el brazo. Irene lo acepta á pesar suyo.)

IRENE. Caballero!...

MONT. Os agradezco, señorita, que hayais hecho que me quede.

ALF. (*Ap.*) Ah! Esto ya es demasiado!

MAUR. No vienes, Alfredo? (*Volviéndose próximo á desaparecer.*) Qué te pasa?

ALF. A mí? Nada... (*Estoy loco! estoy celoso!*)

CONDE. (*Me parece que me salgo con la mia. Yo mato á ese hombre!*)

MONT. (*He trastornado el juicio de todos!*)

CA

DS

GD

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Conde. Pero...
 Moxt. No miro como imposible que una mujer, aunque fuese como la condesa de Salzberg, la obra mas perfecta de la creación, se decida á aceptar semejante invitación en ciertas circunstancias: y, á propósito, permítidme citar un ejemplo que es justamente un hecho verdadero y que ha pasado hoy mismo.

Conde. Qué ejemplo!

Moxt. (*Deteniéndose á Luisa.*) Es á la señora condesa á quien tengo el honor de dirigirme. Dignaos, señora, poner por un momento en el lugar de esa joven madre que ha confiado á una mujer del campo, á quien cree fiel, el mas preciado de sus tesoros, el hijo de su corazón.

Luisa. (*Deteniéndose.*) Qué dice!

Conde. Ah! ha perdido el juicio!
 Moxt. Pero esa mujer bajo el imperio de una pasión culpable, que ha sabido disimular á todos esta próxima á cometer la mas vil de las acciones, á huir!

Luisa. A huir!

Moxt. Y para ello, cita al molino al valiente seductor, cuya avaricia ha tentado la modesta fortuna del niño!

Luisa (*Aparte y oprimiéndose la cabeza con fuerza.*) Al molino! Es verdad? Sera posible? He entendido mal!... Dios mio! no comprendo...

Moxt. Creéis, pues, señora, que la verdadera madre, si fuera advertida á tiempo, no lo arrostraría todo para impedir este robo que se quiere hacer á su ternura, y que no habría perdón para el que viniese á darle los medios?..

Conde. (*Interimpidiéndole.*) Marqués, todo eso es muy interesante, sin duda, pero creo que estais á cien leguas del desafío que os he dirigido, y no veo...

Moxt. No veis... ni esta señora tampoco; supongo! Entonces, cedo. Es tarde, me calló, y me retiro poniendo á los pies de la señora condesa mis humildes excusas. (*Se va hacia el fondo.*)

Luisa. (*Ap.*) Qué es lo que ha dicho? No puede alejarse de ese modo; es preciso que acabe... (*Va á su encuentro.*)

Caballero?

Conde. Luisa!

Moxt. Señora?

Luisa. (*Reponiéndose, con frialdad.*) Señores, os saludo.

Conde. (*Viryente.*) Qué tenéis, Luisa?

MONT. Yo no he dicho eso precisamente, pero...
 puesta a seguirle.
 fiesta, no dudando por un solo instante que estarais dis-
 señor marqués venia sin ceremonia a invitaros a esta
 Coxpe. Al molino? Ah! os comprendo. Querida Luisa, el
 minarme al molino.
 luz en su casa, me he atrevido a entrar en ella al enca-
 delante de un tercero, tenga que explicarla como viendo
 mas que un ensayo de justificacion. Siento mucho que
 justa para no permitir a un culpable, aunque no fuera
 MONT. (*Con aire burton.*) La señora condesa es demasiado
 fastidio de hacerlos echar por sus lacayos?
 Coxpe. Con que no quereis evitar a la señora condesa el
 MONT. El conde!
 donois!
 LUISA. (*Corriendo al conde.*) Oh! amigo mio! no me aban-
 escuchareis, señora!...
 MONT. (*Tríamemente acercándose a Luisa.*) He dicho que me

DICHOS. *El Coxpe.*

ESCENA IX.

echa.)
 vos no sois mi marido! salid! (*El conde entra por la de-*
 sean las apariencias que puedan acusarme a vuestros ojos,
 que por su marido, señor marqués, y cualesquiera que
 esperar intimidarme. Una mujer no se deja dominar mas
 LUISA. Ni por un instante! Es preciso que esteis loco para
 MONT. Señora, quereis escucharme?
 sultarme hasta en mi morada?
 LUISA. Os habeis atrevido!... Con que qué derecho venis a in-
 han dicho, y yo he alejado a vuestras gentes.
 MONT. Tranquilizaos, señora: el conde ha salido, segun me
 esta hora!... Despues de lo que ha pasado!
 LUISA. (*Volviéndose.*) Vos, vos, caballero! en mi casa a
 MONT. (*Ap.*) La unica ocasion que tendré para hablarla!

LUISA. MONTEVERDE.

ESCENA VIII.

LUISA. *(Después Irene.)*
 da nada de esa carta... nada!... nada!... *(Al levantar la cabeza se encuentra frente de Irene.)*
 Irene. Nada, señora!
 LUISA. Irene!
 Irene. *(Frustramente.)* Podéis respirar tranquila, señora. Por esta vez no seréis perdida.
 LUISA. Irene, qué dices?
 Irene. *(Enviando una vela.)* Yo? Nada! Adios, señora.
 LUISA. Me dejas ya?
 Irene. Es tarde y me retiro!
 LUISA. Pero no sin que me expliqués tus extrañas palabras.
 Irene. No es necesario! No me habéis dicho... soy perdidaz
 LUISA. Ah! me cree la cómplice de ese hombre! Ah! hermana mía, mirame bien, y rechaza mi mano si tienes valor para ello!
 Irene. No! no! Te creo, quiero creerle a ti sola; me sigues llamando hermana tuya, y no te atreverías a darme este nombre si hubieras engañado a mi hermano. *(Se arroja en sus brazos. Luisa la abraza llorando.)* Vamos, perdóname, y olvida ese mal impulso que no he podido dominar... Si, he dudado por un instante... por qué?... no sabré decirlo, porque veinte veces he sido testigo de la repugnancia que te causaba la sola vista del marqués. La idea de que me había atrevido a acusarte, era insensata. LUISA. Pobre Irene!... Tantas emociones te han hecho daño! Ahora no te detengas, retírate, es tarde... *(Ap.)* Y yo necesito estar sola!...
 Irene. Lo quieres así?... Hasta mañana, Luisa, hasta mañana, hermana mía. *(Al ir a desaparecer, en el dintel de la puerta se entra a Monteverde.)* Oh! el aquí... Dios mío!... me habrá engañado!... *(Se esconde detrás de una cortina. Monteverde se dirige hacia Luisa, quien nada ha visto.)*

ESCENA VIII.

Alf. Me ha dejado hace poco.
 Luisa. Ha salido?
 Alf. Y yo también salgo... ciertos negocios que me llaman fuera de aquí. Descúdanme, Luisa, si os dejó tan brusca-mente. (Vp.) En el molino! Dios mío! haced que Mauri-cio no recuerde este nombre! haced que llegue yo el pri-mero ante el cobarde seductor!

Alf. Oh! es preciso que encuentre á ese hombre! Tam-bien yo tengo que pedirle una cuenta terrible. No es mi nombre el que ha manchado, es mi corazon el que ha des-garrado, es mi vida entera la que ha destruido. (Vnusu.) No es en su casa donde le encontraré. Esta noche hay fiesta en el molino, ha dicho el conde de Selinan. Quién llega? (Deteniéndose.)
 Luisa. Alfredo! estas solo? (Vivamente.) Dónde está Man-ricio?

ALFREDO. Después Luisa.

ESCENA VI.

Alf. Pero no ha confesado ella misma...
 Alf. Para ella! Oh! que confusión! La verdad, la verdad, quien me la dirá!.. Y yo he dejado salir á ese hombre! (Se lanza vivamente al fondo.)
 Alf. A dónde vais?
 Mar. Al palacio de Monteverde.
 Alf. Ah! si llegamos á encontrarle...
 Mar. Oh! yo le encontraré, le encontraré, aunque se es-conda en las entrañas de la tierra.
 Alf. Qué ha confesado?
 Mar. Para ella! Oh! que confusión! La verdad, la verdad, quien me la dirá!.. Y yo he dejado salir á ese hombre!
 Alf. Qué la carta para ella?
 Mar. Pero no ha confesado ella misma...
 Alf. (Con desesperacion.) Oh! Irene! Irene!
 Mar. Irene! Oh! Callaos, desventurado! callaos!.. no mezcléis el nombre de Irene á todas estas infamias!
 Alf. (Legend.) «En la granja de San Norberto... vuestro hijo... va en ello su vida... consentid en...» (Repite con estupor.) Va en ello su vida... vuestro hijo!.. Oh! Esto es infernal!.. esto es imposible!..

relenido ; pero aguardo que nos volveremos á ver pronto.
 MoxT. Cuando gustéis, caballero. (*Bayo.*)
 MAUR. Bien está. (*Monte y se inclina ante Mauricio. y Al-*
fredo que le mira tambien irritado y el conde.)
 CONDE. (*Ap.*) Esto comienza: provocado por todo el mundo !
 IRENE. (*Bayo á Luisa friamente.*) Nada tenéis que temer, se-

ESCENA V.

MAURICIO. ALFREDO.

ALF. Irene ! Irene ! quien lo hubiera creido !
 MAUR. (*Ap.*) Irene ha tomado la carta ; pero... era para ella ?
 ALF. (*Ocultando la carta.*) Que no sepa jamás que su her-

mana...
 MAUR. (*Friamente.*) Alfredo, era efectivamente mi carta ?
 ALF. Si, no era mas que...

MAUR. Y como el corazon es ingenioso para atormentarse,
 habéis creido, estoy seguro de ello, que Irene era culpable.

ALF. Oh ! no me lo perdonaria en mi vida !
 MAUR. (*Colérico.*) La carta no era pues para ella !

ALF. (*Asombrado.*) Qué carta !
 MAUR. Esa carta que vuestros celos han disputado á las ha-

mas, y que está allí.
 ALF. Señor conde !

MAUR. Sois caballero ! no os rebajeis á mentir !
 ALF. (*Con esfuerzo.*) Confieso que he cometido una accion

desleal tratando de sorprender un secreto ; pero mi deber
 es añadir que no he visto nada, que no he descubierta

nada que pueda heriros en lo mas minimo.
 MAUR. No tengo mas que una palabra que deciros : Capitán,

Alfredo de Sterk, queréis como antes casaros con mi her-

mana ?
 ALF. (*Facilmente.*) Irene ! he hecho cuanto podia por salvar-

te, pero á precio de mi honor !.. (*Saca del bolsillo el papel*
medio quemado, dandosele al conde.)

MAUR. (*Tomándolo.*) Quemado ! Dios mio ! Nada mas que
 palabras sin liliacion.

ALF. (*Con fuerza.*) Pero bastantes para comprender una de
 esas horribles desgracias que nos confunden, y que nos
 abruman.

COXPE. Mauricio! (*Mauricio estrecha la mano al conde, y di-*

rigiéndose irritado hacia Monteverde.)

MAR. Caballero, acabo de veros ocultar en ese canastillo

una carta.

ALF.

LUISA. (*Por el fondo.*) Un billete.

IRENE.

COXPE. Se ha atrevido!

MAR. (*Contentándose apenas.*) Como no pertenece á mi ca-

rácter, ni me conviene esperar que os hayais alejado pa-

ra coger y devorar esa carta, vamos á leerla ahora.

LUISA. Irene!.. soy perdida! (*Coyendo la mano de su cuñada.*)

IRENE. Perdida!..

MONT. Caballero!.. (*A Mauricio contentándole en el momento*

de ir á coger la carta.)

MAR. (*Con altivez.*) No creo haberos preguntado si esto os

convenia ó no. Irene!.. Irene!.. (*Irene se aproxima y se apodera*

de la carta. Mauricio la sorprende.) Esa carta!

IRENE. Mauricio!.. crees?... (*Temblando y retrocediendo.*)

MAR. La carta! (*Cogiéndola de la mano.*) La carta!.. Dad-

me! al instante. (*Con violencia.*)

IRENE. Pero... (*Con la otra mano y por detrás, arroja la car-*

ta al fuego.)

ALF. Qué hace, gran Dios! (*Que ha seguido todos sus movi-*

mientos.)

MAR. Espero.

IRENE. Si, sí, hermano; aquí está! (*Saca otra carta de su*

bolsillo y se la da.)

ALF. Qué audacia! (*Aparte retirando el papel del fuego y*

apagándole con el pie.)

MAR. Alfredo! (*Que ha visto la acción.*)

IRENE. (*Turbada teniendo siempre la carta en la mano.*) Ya

conoces esta carta, Mauricio; es la que he recibido de tí

esta mañana; la había perdido, y el señor marques... (*A*

él.) Decid á mi hermano que la habéis encontrado.

MAR. (*Irresistiblemente.*) Es inútil: tú lo dices, Irene, y esto de-

be bastarme. La manera singular con que te han resituido

esa carta, ha podido asombrarme; pero en el momento en

que no hay mas que la forma de reprehensible, continuar

hablando por mas tiempo de semejante cuestion, seria de

mal gusto... odio el escándalo, (*Mirando al marques y con*

intencion;) y he aqui por que os pido perdon de haberos

hablado de la fiesta del molino, no voy nunca allá, pero por complaceros estaré allí, dentro de una hora: no des-
espero de veros allí y de convenceros.

CONDE. De vuestro irresistible poder!..

MONT. Vos lo habéis dicho.

CONDE. Pero este hombre está loco!

MONT. Ya veremos... voy a enviar esta carta...

CONDE. Deteneos!.. Sin creer en una sola de vuestras pala-
bras, sin temer de modo alguno vuestro imperio sobre la
condesa, no quiero que la entreguen ese billete.

MONT. No queréis?

CONDE. No, esto sería ya un ultraje para ella, y yo la pre-
servaré de él. No se lo enviareis, os lo prohibo.

MONT. Ah! me lo prohibís?..

CONDE. Si, os lo prohibo. Ya no aconsejo, ya no me humillo
suplicándoos. Cuando encuentro en mi camino un reptil
ponzinoso ó perjudicial, le aplasto: esto es lo que hago.

MONT. Una provocacion por parte vuestra!.. Un duelo con
vos!..

CONDE. Conmigo!..

MONT. Me inclino ante vuestros cabellos blancos, para afir-
maros que no me batiré con vos nunca...

CONDE. Nunca!.. Señor marqués, no olvidéis la formal pro-
mesa que voy á haceros. En el mal camino que habéis
resuelto seguir, recibiréis sin duda otras provocaciones
que la mia: buscads los duelos, vendrán á proponeroslos
de todas partes, y os encontraréis en frente de adversarios
mas jóvenes y mas temibles que yo. Pero esta escrito allá
arriba, y os lo aseguro, ninguno de ellos tendrá el gusto
de castigaros sino yo.

MONT. Vos... caballero?

CONDE. Yo mismo, un viejo; casi un niño!.. qué queréis?..
La justicia de Dios!.. No creéis en ella?.. Yo sí.

MONT. (Ap.) Entre tanto... (Desliza un billete en la camastilla
de la labor.) esta carta llegará á su destino. (Mauricio
lo ha visto todo.)

ESCENA IV.

DICHOS. MAURICIO. Despues IRENE. ALFREDO Y LEUSA.

MAUR. (En el fondo.) Una carta!
MONT. El conde!

escuchad, caballero, escuchadme: yo estoy aquí por voluntad de las cuatro personas que quieren honrarne con su confianza y su afecto: soy mas que un amigo vulgar, soy un jefe de familia, un padre: y como vuestra presencia aquí es amenazante para el reposo y para la dicha de mis hijos, velo por ellos y os vigilo. Os he dado esta mañana un consejo de amigo y no os habeis dignado seguirle. Despues del consejo, la suplica... os suplicaré, pues, caballero, que renunciéis á vuestros proyectos que no son los de un hombre de honor, á vuestro amor que se dirige audazmente á la mujer de otro. Oh!... al presente ya no dudo, es á Luisa á quien debo proteger contra vos... Os lo repito, os suplico que renunciéis á ella. (*Monterverde se sonríe.*) Nada contestáis?... permanecéis aquí?... y persistís en querer abrumar á la condesa con vuestros insolentes homenajes? (*Movimiento de cólera de Monterverde.*) Qué hacéis?

Moxr. Nada, como notal..

(Goixe. Por ventura estareis escribiendo vuestras memorias?)
Moxr. ¿Quién sabe?... El asunto que nos ocupa mereceria un lugar en ellas.

(Goixe. La historia de un hombre escrita por él mismo, no es nunca su biografía, sino su panegirico. Cuando una página fiel hace descender al héroe, al Dios, al rango de simple mortal, el historiador complacientemente desgarrá pronto la página... (*Monterverde desgarró la hoja*), que es lo que vos hacéis,

Moxr. ¿Que es lo que yo hago.

Goixe. Y la arroja al viento.

Moxr. Es lo que yo no hago. (*Mobia el papel.*) Estas líneas que acabo de escribir, las tengo por buenas y de un efecto cierto... Voy á hacerlas entregar á la señora condesa de Salzbérg.

(Goixe. A Luisa?)

Moxr. Para probaros que cumplís mal sus intenciones aconsejandome, ó suplicandome que me aleje de ella: que ejerzo sobre ella un imperio mayor y mas irresistible que el vuestro: y que si consiento en dejar esta morada no tengo que pronunciar mas que una sola palabra para que me siga.

Goixe. Seguirnos! Ella! Luisa!

Moxr. A mí, cuando quiera, y donde quiera; y mirad, habeis

ESCENA II.

MONTVERDE.

Esta joven es encantadora ! El mas noble y el mas rico se envaneceria teniéndola como mujer ó amiga, y yo debiera, aunque no fuese mas que por desviar las sospechas del tutor, volver hacia ella este amor constantemente rechazado por su cuñada; en vano quiero aterrarla, abrumarla y con el secreto que he sorprendido; su mirada tranquila y orgullosa me impone y humilla... Oh ! pero yo saldré de esta vergonzosa dependencia !.. Ella subleva todos mis instintos y contraria todos mis hábitos, yo saldré !..

MONTVERDE. EL CONDE.

ESCENA III.

CONDE. (*Qué ha oído.*) Saldréis... de esta casa? Entonces nada tengo que añadir.

MONT. Qué decís?

CONDE. Me alegro que hayais seguido mi consejo, y os abro de par en par la puerta... os haré los honores... (*Abriendo.*)

MONT. No comprendo !..

CONDE. No queréis comprender !.. Mi querido marques... (*Dándole el sombrero.*)

MONT. Cuánta bondad ! (*Se lo pone.*) Cubrios tambien ; el tiempo ha refrescado bastante !..

CONDE. Ah ! tenéis miedo de consiparos...

MONT. No tanto como vos al verme en esta casa. CONDE. Pues bien, si ! Lo temo por todos los que amo ; pero ante todo, lo temo por vos...

MONT. Por mí?

CONDE. Sabéis que os aventurais en un juego terrible?..

MONT. Os parece así?

CONDE. Un juego, ya que es preciso decirlo, capaz de llevaros á la muerte !

MONT. Por vos?..

CONDE. Y por qué no?

MONT. Os chanceais!

CONDE. No estoy de broma ! Pero quiero contenerme aun:

Acto segundo.

Un gabinete elegantemente amueblado; una mesita de labor en primer término.

ESCENA PRIMERA.

FRIEZ. *Después* IRENE. *Después* MONTEVERDE.

FRIEZ. (*Ocupado en encender lumbre.*) Qué temperatura tan singular! Verse obligado á hacer fuego en el mes de Agosto! Ah! ya se enciende! No pueden tardar mucho en dejar la mesa.
IRENE. (*Entrando.*) Friez, el pomito de esencias de mi hermana!
FRIEZ. Me parece que está sobre la chimenea!
IRENE. No, ahora recuerdo... en su canastillo de labor... aquí está.

FRIEZ. Os sentís mal?
IRENE. No, es mi hermana, á quien una jaqueca súbita ha obligado á retirarse.
MONTEVERDE. (*Entrando.*) Esperamos, señorita, que esta indisposición no tendrá consecuencias.
IRENE. Lo mismo espero, y si me lo permitís...

MONTEVERDE. Dejaros tan pronto! Tendreis esa crueldad, señorita? Son tan rápidos y tan raros los instantes en que me es permitido veros sola!..

IRENE. Caballero, vuelvo al lado de mi hermana... (*Aparte* *alejándose.*) Me arrepiento ya de haberle retenido aquí. Paréceme que su presencia desagrada á todo el mundo. (*Vase.*)

LUISA. (*Balbuente.*) No sé; no sé lo que tengo esta noche, sufro mucho! Y esa historia... ese niño!

CONDE. Ese niño... Pero, qué os importa!

LUISA. (*Con angustia.*) Ese niño!.. ese niño... es... Pero, pero no pensais en su pobre madre, que con el corazon agitado vendrá llena de esperanza á inclinarse sobre la cuna, que encontrará vacía... vacía!.. Oh! esto es horrible!

CONDE. (*Con energia.*) Su madre! Pero si existe en efecto, si no es un capricho de la imaginacion del señor marqués, por qué ha abandonado á su hijo?

LUISA. (*Aterrada.*) Ah, justo cielo!

CONDE. Yo no juzgo á nadie; pero á ella, á ella solo toca salvarle.

LUISA. Salvarle! Salvarle!

MONT. (*En tono burlon al conde.*) Ved que ahora sois vos, quien abusa de la paciencia de esta señora.

CONDE. Perdonadme, Luisa!..

MONT. (*Yendo al foro.*) Señora condesa, tengo el honor... (*Ap.*) Estoy seguro de que irá!

CONDE. (*Estrechando la mano de Luisa y afectando estar tranquilo.*) No penseis mas en esa necia historia, Luisa, y buenas noches. (*Se reúne al marqués, mira á Luisa y váse.*)

LUISA. Buenas noches! buenas noches!.. (*Viendo que se alejan.*) Acaso una madre puede dormir cuando la van á robar su hijo!

(*Coje vivamente un sombrero y una mantleta y sale con la mayor agitacion. Se abre la cortina, aparece Irene. Se debe conocer en su palidez y ademan que lo ha oido todo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

El jardín de la Ermita.—Decoracion del primer acto.—El molino á la izquierda: el pabellon á la derecha, pero todo muy embellecido: flores por doquiera, estátuas, plantíos: una verja dorada ha reemplazado al cercado.—Iluminacion brillante á la veneciana.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO.

Música de baile en el interior. Alfredo entra por el fondo.

ALF. Aquí es! lo reconozco! Si, aquí es donde hace quince meses me dijo Irene: salvad á mi hermano y seré vuestra esposa, y aquí vuelvo con la desesperacion y la muerte en el corazon, reducido á sospechar de ellá; obligado quizá á odiarla, á despreciarla, á huir para siempre de su lado! Huir! Oh! Dios mio!... preservadme de tan acerbo dolor, concededme sobre todo el poder convenirme. Dejadme sangre fria y paciencia para descubrir la verdad!... (*Suena mas cerca la música del baile.*) Por todas partes y en torno mio el ruido de la orgía! Ya se aproximan! Entre ellos sin duda, entre los necios que se divierten voy á encontrar al miserable... Desgraciado de él!... Que su insolente amor se dirija á Irene ó Luisa, pagará muy caro todos nuestros sufrimientos.

(*Entran en escena diversos personajes hombres y mujeres con varios disfraces, con careta y sin ella. Walstein, el jóven que ha sido en el primer acto uno de los testigos de la boda, está á la cabeza del grupo.*)

ESCENA II.

WALSTEIN, *Hombres, Mujeres, Tomás, Carlota despues.*

WALS. Tomás? Tomás? Vino!

TOMÁS. (*Que entra.*) Mozos, vino á estos señores.

(Después de un instante viendo Alfredo que Monteverde no está entre los que acaban de entrar, se aleja y desaparece. Tomás vase también.)

WALS. Ahora que se marchó Tomás, os acabaré de contar la historia del pabellon de la ermita. Habéis de saber que érase una molinera tan envanecida de sus encantos, que desdénando su estado, coqueteaba de lo lindo con todos los viajeros que paraban en la inmediata posada. El bendito marido nada veía y se iba lejos de ella, porque la cruel le rechazaba, á dormir al molino... Silencio, que vuelve Tomás! (Entra Tomás en escena con dos mozos con botellas de vino.)

TOMÁS. Aquí he traído el vino pedido.

WALS. A la salud de nuestro huésped! al dichoso marido de la bella Carlota!

TOMÁS. Gracias por mí y por mi mujer!

Todos. A su salud! (*Beben todos con él y le empujan fuera.*)

WALS. Continúo: una noche profunda y tenebrosa, viendo el pobre marido que todo el mundo dormía, se echó á roncar á pierna suelta; y su mujer, imitándole, en apartada estancia dormía ó fingía dormir!... Callemos! Carlota.

CARL. Por qué se recatarán de mí?...

WALS. A la salud de la bella Carlota, la fiel esposa de nuestro querido Tomás!

Todos. A su salud!

CARL. Gracias, señores, gracias! Voy á referirle cuán bondadosos sois con él. (*Vase.*)

WALS. Poco tendré que añadir. Suenan gritos de ladrones. el marido vuela, ella cae en las garras del seductor, y el pobre marido, sin hallar á nadie recibe en sus brazos á la molinera, orgulloso por haber reconquistado su cariño!... Los dos llegan; esa es la moral del cuento! (*Se retira aparte con sus amigos.*)

CARL. Lo ves? No quieren que los oigamos.

TOMÁS. Se rien al mirarnos.

CARL. Te repito que no me fio de lo que están diciendo!...

(*Todos se aproximan y rodean á marido y mujer.*)

TOMÁS. Ni yo tampoco.

WALS. A la salud de los esposos!... á su eterna union!... á su felicidad!

Todos. A su felicidad!

CARL. Estoy furiosa!

TOMÁS. Y yo también! Tendría un placer en estrangular a alguno!

CARL. Y yo también. *(Se van mientras que beben en taras suyo riendo.)*

ESCENA III.

Los mismos menos CARLOTA Y TOMÁS.

WALS. *(Mirando hácia el fondo.)* Ya se reúnen los demás. Vamos á bailar!

TODOS. A bailar!

(Al volverse para salir ven enmedio de ellos al conde que acaba de entrar y busca en torno suyo con inquietud.)

ESCENA IV.

Dichos el CONDE, despues MONTEVERDE, despues LUISA, luego ALFREDO.

WALS. Vos aquí, señor Conde?

CONDE. Yo mismo; mas asombrado de verme aquí, que podeis estarlo vos, caballero Walstein.

WALS. En efecto, es la primera vez. Y me diréis á que dichosa casualidad debemos saludaros esta noche en la ermita?

CONDE. Deciros por qué y cómo me hallo aquí, me seria difícil; yo mismo no estoy seguro de saberlo.

MONT. *(Que acaba de entrar.)* Entonces voy á deciroslo yo.

TODOS. El Marqués!

MARQ. El buen Conde habia rehusado esta mañana sostener conmigo una apuesta, y vuelve sin duda á su empeño.

CONDE. Sí, eso es!... *(Mirándole al principio enojado; despues haciendo esfuerzos para contenerse.)* Y puesto que no temeis hacerla pública, fijad los términos, y cualesquiera que sean, los acepto.

WALS. Antes permitidme que insista para estar al corriente de la aventura.

CONDE. Oh! es cuestión muy añeja!... El marqués ha jurado que traerá aquí, á la ermita una mujer á quien conozco; yo le he contestado que se engañaba y que...

MONT. Y que me lo prohibíais!

CONDE. Sí! que se lo prohibia!

ALF. (*Que entra por la izquierda.*) Qué oigo!

WALS. En dónde está escrito el nombre de esa mujer? Entre las dicias de la ópera ó de la comedia?

MONT. Entre las damas de mas alto rango! buscad entre las virtudes rígidas... la mas intachable hasta el dia. Pues esa es la que traeré esta noche á la ermita.

ALF. (*Lanzándose á él.*) Mentís! Mentís descaradamente!
(*Movimiento general.*)

CONDE. Alfredo!

MONT. (*Furioso.*) Ah! esto pide sangre!... Os daré una estocada, y será la segunda.

ALF. Venid.

MONT. No antes que haya ganado mi apuesta... Ahora estoy mas empeñado en ella que nunca, y pongo doscientos luises!... Quereis?

ALF. Doscientos luises por el deshonor de una mujer!... Eso no basta!... Mil luises á que esa mujer no vendrá!

(*Aquí una dama enmascarada y con dominó negro se pone al lado de Alfredo y le dice en voz baja estrechándole la mano.*)

DAMA. No aposteis! No os batais!... La dama ha venido!

ALF. Ah!

(*Dando un grito. Hace un movimiento para mirar en torno suyo, pero la jóven ha desaparecido y no vé mas que dominós de varios colores menos el negro.*)

ALF. Dios mio! Dios mio! Me habré engañado!

CONDE. Qué teneis?...

ALF. Nada, nada!... (*Aparte.*) Era... sí, lo creo. Estoy seguro... era la voz de Luisa... Irene no es culpable.

MONT. Lo veo, el capitan se vuelve atrás; retrocede ante semejante apuesta, y sobre todo, ante las consecuencias que trae consigo.

ALF. Retroceder yo!... Dos mil luises, y un duelo á muerte!

MONT. A muerte! (*Se interponen entre los adversarios para contenerlos. Monteverde afectando mucha sangre fria, se repone, dirigiéndose á los que le rodean.*) Señores, dentro de una hora cenaremos, y os presentaré á esa dama!

WALS. Dispensadme, Marqués; pero no tenemos grande empeño en verla, y yo habia invitado antes que vos á estos señores, y estas damas. Y este mozo (*Señalando á uno de los mozos de Tomás que se ha acercado á él con serville-*

ta en mano.) viene á anunciarnos que estamos servidos.

MONT. (*Reprimiendo un movimiento de cólera.*) Está bien!

WALS. Qué venzais, capitán!...

Walstein y los hombres que le rodean dan la mano á Alfredo. Todos se inclinan con respeto ante el Conde y salen tras el mozo.

CONDE. (*Aparte á Alfredo.*) Con que participais de mi convicción?... Ella no vendrá.

ALF. (*Bajo.*) Ya ha venido.

CONDE. Luisa!

ALF. Seguidme; es preciso que la llevemos lejos de aquí, impidiendo sobre todo que hable á ese hombre!

CONDE. Vamos.

ESCENA V.

MONTEVERDE.

Si! Un duelo á muerte! Bastante tiempo he devorado insultos y ultrajes!... Ese viejo me ha dicho: os lo prohibo! Ese joven se ha atrevido á decirme: Mentís! Suceda lo que quiera! El honor está perdido, salvemos al menos la vanidad; aun tendré valor para alzar la frente y sonreír á través de la terrible situación que me he creado, y ganaré la apuesta... Quién viene?... Es mi bella orgullosa? No, es Carlota!... mi distracción de hace quince meses. Apenas la he visto esta mañana. A fuer de galante la debí algunas excusas por mi brusca partida del año último.
(Carlota entra por la izquierda, muy pensativa.)

ESCENA VI.

MONTEVERDE Y CARLOTA.

CARL. He hecho mal en oír; pero no tenía otro medio de saberlo todo, y he llegado á comprender lo que decían...

MONT. (*Aparte.*) Qué tiene? parece que está agitada!

CARL. Hablar de ese modo de mi pobre Tomás.

MONT. En qué pensais, encantadora Carlota?

CARL. (*Dando un grito.*) Ah! el señor Marqués!...

MONT. Yo mismo! el mas apasionado, y á pesar de la ausencia, el mas constante de vuestros admiradores.

CARL. Dejadme!... (*Aparte.*) Y son sus amigos los que sacan á relucir cuentos acerca de mi marido.

MONT. Habeis reñido con ese posma de Tomás?

CARL. Caballero, no habéis mal de mi marido, delante de mí.

MONT. Hablar mal!... Sabeis que siempre he tenido un placer en reconciliaros.

CARL. No es con él, es con vos con quien estoy irritada!

MONT. Conmigo? Efectivamente he debido pareceros muy olvidadizo! muy ingrato!

CARL. Muy ingrato?

MONT. (*Señala el pabellon.*) Yo, á quien tan dulces recuerdos debian fijar aqui para siempre.

CARL. (*Siguiendo su mirada.*) Recuerdos?

MONT. Pero cuando el deber me arrastraba lejos de aquí, no me dejaron un solo instante, uno solo, y la hora demasiado rápida que pasé á vuestro lado...

CARL. A mi lado?

MONT. Es, y será siempre la mas dichosa de toda mi vida.

CARL. Caballero!... No os comprendo...

MONT. Que no?... Ah! su marido!... Le ha visto... temia una sorpresa. Está bien, muy bien. (*Bajo.*) Tranquilizaos, querida Carlota, no ha oido nada, y nuestro secreto está salvado!

CARL. Nuestro secreto! Qué audacia!

ESCENA VII.

Dichos. TOMÁS.

TOMÁS. (*Aparte.*) Ya conozco el cuento de cabo á rabo. Mi muger tenia razon, y como ella he concluido por comprenderle.

MONT. Ya veis que no piensa en nosotros.

(*El marqués se aproxima á Tomás sonriendo, le hace girar dándole en el hombro y le tiende la mano. Tomás le reconoce, retrocede unos pasos, despues se abalanza á él furioso.*)

TOMÁS. Ah! es él!... es él! Te decia, Carlota, que tenia ganas de estrangular á alguno. Ya me he fijado, y he aqui mi hombre.

MONT. Atrás, insolente, atrás!

(*Al ruido hecho por Tomás acuden todos. Walstein se pone entre Monteverde y Tomás.*)

EESCNA VIII.

Dichos. WALSTEIN. Todos los concurrentes al baile. Despues el CONDE Y ALFREDO, luego la Dama enmascarada.

WALS. Qué significa?... Señor Tomás!

TOMÁS. Os conozco bien.

CARL. Y yo tambien.

MONT. Qué significa?...

CARL. Me alegro de que esteis todos aquí!

TOMÁS. Y yo tambien me alegro mucho.

CARL. Porque en un cuento me han ultrajado y calumniado delante de todos, y delante de todos quiero justificarme.

TOMÁS. Ese cuento le ha inventado vuestro amigo á causa de vos, y por culpa vuestra.

MONT. Por culpa mía?

CARL. Nadie mas que vos puede haberle referido...

TOMÁS. La historia del bendito marido...

CARL. Que se iba á acostar al molino.

TOMÁS. Mientras le robaban su tesoro en el pabellon...

CARL. Pues bien, eso no es verdad.

TOMÁS. No es verdad!... habeis mentido.

CARL. Sí, habeis mentido!

MONT. (*Furioso.*) Mentido!... Estará escrito que ha de repetirne esta palabra todo el mundo!

CARL. Es que todo el mundo tiene el derecho de deciroslo!

(Poco á poco la multitud se agrupa en torno de Monterrede, del marido y la mujer. Se vé entrar por la izquierda á Alfredo y al Conde. Por la derecha á la Dama enmascarada del dominó negro, que no es otra que Luisa. Parece atraida por las palabras del posadero y de su mujer, y escucha con la maxima ansiedad. La escena vá muy rápidamente y sin ser interrumpida por un instante.)

TOMÁS. Con que, señor Walstein, si no quereis que tambien se os llame embustero, corregid vuestro cuento.

CARL. Y decid la verdad.

TOMÁS. La mujer no ha sido engañada, ni la víctima del ladrón, como le llamais vos mismo.

CARL. Sí, del ladrón que condicia á la vez el tesoro de todo el mundo.

TOMÁS. La mujer se refugió en el molino con su marido, des-

pues de haber cedido á una gran dama la alcoba del pabellon verde.

(Aquí Luisa arroja un grito y cae desmayada. Todos los personajes se vuelven. Monteverde, Alfredo y el Conde se lanzan hácia ella, Alfredo la sostiene en sus brazos y el Conde se pone entre ella y Monteverde, para impedir que este se aproxime.)

WALS. Una mujer desmayada!

CONDE. } Luisa!
ALF. }

MONT. Luisa! era ella!

TOMÁS. Ah! Dios mio, será por ventura...

CARL. Cállate! (*Prodiga sus auxilios á Luisa.*)

ALF. (*De rodillas y sosteniéndola en sus brazos, dirigiéndose á Carlota.*) Por fin, vuestros cuidados la han vuelto á la vida!... Amigos míos, por favor...

TOMÁS. Ya obedezco; me voy...

CARL. Y yo tambien.

(*Movimiento lento y retrógrado de todos los personajes. El conde los detiene con una seña.*)

CONDE. Un momento! (*Indicando á Carlota.*) Convid al menos, Marqués de Monteverde, convid delante de todos, por el honor de esa mujer indignamente calumniada, que habeis pasado la noche en el pabellon para hacer creer á los demas en una cita, y que allí no habeis encontrado á nadie.

MONT. (*Despues de un momento como herido de estupor.*) Es verdad!... á nadie.

TOMÁS. (*Bajo á Walstein.*) Espero que no volvereis á referir vuestro cuento.

WALS. Os lo prometo.

TOMÁS. Es que sino... tengo buenos puños... (*Salen todos en silencio.*)

ESCENA IX.

LUISA, siempre enmascarada, ALFREDO, EL CONDE Y MONTEVERDE.

(Luisa se levanta, mira en torno suyo: no se atreve á aceptar la mano que la ofrece Alfredo: despues de un nuevo movimiento de vacilacion y de espanto, acepta la del Conde: en

seguida sus ojos se fijan en Monteverde que acaba de aproximarse siguiendo todos sus ademanes. Luisa retrocede con terror y dice con voz ahogada.)

LUISA. El... era él! Tenia razon en odiarle y despreciarle!... Era él!...

MONT. *(Cayendo de rodillas.)* Piedad, señora!

ALF. *(Cojiéndole la mano y levantándole con violencia.)* No hay piedad! Os arrastrais á los pies de una mujer!... A los hombres es á quienes debeis cuenta de vuestra conducta! Lo habeis olvidado?

MONT. Soy vuestro. *(Luisa va á tomar la mano de Alfredo.)*

ALF. No os dejo, señora; quiero salvaros, antes de pensar en defenderos.

MONT. Os esperaré.

ALF. No será por mucho tiempo.

CONDE. *(Bajo.)* Me parece que cumpliré mi promesa.

(Monteverde mira con fiereza á los dos, se inclina profundamente delante de Luisa y vase por la derecha.)

ESCENA X.

CONDE, ALFREDO, LUISA, *despues* WALSTEIN *y dos ó tres de sus amigos. A poco* MAURICIO.

ALF. Señora, tomad mi brazo y partamos.

CONDE. Partamos. *(Marchan hácia el fondo. En este momento se cierra la verja.)*

UN OFICIAL DE POLICÍA. { No se puede pasar.

LUISA. Gran Dios! *(Se colocan centinelas.)*

OFIC. No se puede pasar! *(A muchas personas que se dirigen á la verja.)*

CONDE. Por qué razon?

WALS. *(A sus amigos.)* Esta es noche de aventuras, amigos míos! El capitalista reclama contra la mujer frágil la asistencia de la policia. *(Vánse.)*

LUISA. Dios mio!... No hay ningun medio de salir de aquí!

CONDE. Esperad! quizás con un poco de audacia y de destreza... Venid, hija mia.

(Se acercan á la verja: otras personas llegan á ella al mismo tiempo.)

CENT. No se pasa! esta es la consigna! (*Murmullos alrededor del soldado.*) Os repito que no se sale. (*Con fuerza.*)

MAUR. Si no se sale, al menos se entrará. (*Apareciendo en el exterior.*)

(*Movimiento de espanto de Luisa, del Conde y de Alfredo: retroceden hácia la derecha.*)

ALF. Mauricio!

LUISA. (*Bajo al Conde.*) Soy perdida!

CONDE. Seguidme!

ALF. Oh! llevadla, amigo mio, llevadla, yo me quedo.

(*Luisa sale por la derecha del brazo del Conde. Mauricio ha entrado. Los demas se han alejado por diversos lados.*)

ESCENA XI.

ALFREDO. MAURICIO.

MAUR. No se sale! Asi el marqués no podrá escaparse de mí!

ALF. (*Adelantándose.*) Mauricio, quién te ha dicho que ese hombre estuviese aquí?

MAUR. Quién me lo ha dicho? Tu presencia en este sitio, no me bastaria para conocerlo!

ALF. Mi presencia! Yo venia...

MAUR. Tu venias por él, por él únicamente. En cuanto á mí, las noticias vergonzosas son rápidas en difundirse, y ya no se habla de otra cosa en Presburgo que de una infame apuesta, hecha esta noche misma en la ermita, por el marqués de Monteverde, y donde se juega el honor de una mujer.

ALF. (*Aparte.*) Cielos!

MAUR. No he podido sorprender ni el apellido del hombre de corazón que ha tomado partido contra él, ni el de la mujer perdida que debe reunirse á él en esta fiesta; pero su nombre, el suyo que desde esta mañana hace latir mi corazón de odio y de cólera, le he reconocido muy bien, y aqui estoy! No pido mas que una cosa... la venganza! Está bien. Se la disputaré á todo el mundo, á tí mismo si fuese preciso!... Porque esta causa por la cual pretendes esponer tus dias, esta causa es ante todo la mia. Esta carta... esta carta maldita...

ALF. Dámela. (*Aparte.*) Temo que descubra...

MAUR. Y es Irene quien la ha cojido?

ALF. (*Aparte.*) Y no poder justificarla sin herirle en el corazon.

MAUR. Irene! Irene, esa alma sencilla y cándida, ese dulce rostro que me recuerda el de mi madre! Irene, ese jóven corazon que mi padre en su último suspiro encomendó á mi cuidado... No... no... mi hermana no es culpable!

ALF. (*Reprimiendo un movimiento de alegría.*) Oh!... no, ella no es culpable!

MAUR. Qué dices?

ALF. (*Aparte.*) Desgraciado!... olvidaba...

MAUR. Qué dices?

ALF. Digo que cuando tu corazon y el mio nos inclinan á tomar la defensa de Irene, debemos temer ser crueles, injustos hácia otra.

MAUR. Otra!... Luisa! A quien yo escogí porque era la mas bella, como la mas pura entré todas! Luisa, mi esposa... Ah! repíteme, amigo, repíteme que mi ternura tiene un digno objeto; dime que no es á ella á quien ese miserable se ha atrevido á escribir!

ALF. No, no! no es á ella!

MAUR. (*Con desesperacion.*) Entonces es á Irene.

ALF. Irene!... sí!... eso debe ser! (*Aparte.*) No tengo fuerzas para mentir.

(*En este momento Irene enmascarada entra por el fondo y desaparece á la vista de Mauricio.*)

MAUR. La duda para tí como para mí!... Siempre esa horrible duda!... (*Mirando á la izquierda.*) Ah! Por fin es él!... Aquí está.

ESCENA XII.

Dichos. MONTEVERDE. *Una mujer enmascarada con damasco.*

MAUR. No está solo!... Una mujer!

ALF. (*Aparte.*) Gran Dios! Es Luisa!... Y el Conde no está á su lado!

MAUR. Esa mujer!... La de la apuesta sin duda! *(Da dos pasos hácia delante.)*

ALF. (*Deteniéndole.*) No te acerques!

MAUR. Cómo!... por qué detenerme? Qué sospecha! Esa

mujer que espera, que debe presentar en la mesa á sus amigos... ah! yo la conoceré, quiero conocerla!

MoST. *(A la jóven que ha retrocedido.)* No huyais, señora, no huyais. Tomad mi brazo, y estad segura de que se hallará siempre pronto á defenderos.

(Retrocede delante de él, va á perseguirla, pero en este momento Mauricio que ha ido tras él á pesar de los esfuerzos de Alfredo, viene á poner violentamente la mano sobre su hombro y le obliga á volverse á él.)

MoST. Ah! señor Conde!

(Vuélvese vivamente al lado de la jóven que ha parecido reconocer con temor á Mauricio y á Alfredo.)

MAUR. Os buscaba, caballero. Pero, á qué evitais que vea á esa mujer?... No debo verla por ventura?

MoST. Señor Conde!...

MAUR. Es que no debe ser un misterio mas que para mí esa máscara que pronto sin duda va á descubrirse delante de vuestros amigos, á quienes habeis prometido presentarles vuestra querida?... *(Gritos alegres entre bastidores.)* Ellos son!... Llegan impacientes, menos impacientes que yo por conocerla.

(Da dos pasos adelante. Monteverde le detiene y Alfredo va á sostener á la mujer que vacila.)

ALF. *(Aparte.)* Pobre Luisa!

MoST. Caballero!... pueden venir!... Por ella... por vos mismo...

MAUR. Oh! confesais!... Confiesa que esta mujer depende de mí, y tengo el derecho...

(Se adelanta á pesar de Monteverde y arranca la careta de la jóven. Es Irene que cae de rodillas pálida y moribunda de espanto.)

LOS TRES. Irene!

ESCENA XIII.

Dichos. EL CONDE y LUISA. Despues Convidados.

Luisa vuelve á aparecer por la izquierda del brazo del Conde. Quitase su careta y escucha con los ojos fijos, pareciendo no comprender lo que se dice y pasa en torno suyo.

IRENE. Hermano mio!... *(Suplicante.)*

MAUR. No me deis ese nombre!... No soy vuestro hermano!
Yo represento á vuestro padre.

MONT. *(Después de reflexionar y tomar una resolución.)* Señor Conde, tengo el honor de pedirós la mano de la señorita Irene de Salzberg.

MAUR. *(Su mano!*

ALF. *(Su mano!*

IRENE. *(Levantándose espantada.)* Yo!... su mujer!

LUISA. *(Que ha salido de su estupor.)* Ah! Yo hablaré! No sufriré que mi hermana...

CONDE. Silencio por piedad!... *(Conteniéndola y poniéndola la mano en la boca.)* Por nosotros todos, silencio!

(Por todas partes se entra durante el fin de la escena. La ventana del molino y la del pabellon están abiertas.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Un salon de campo con jardin en el fondo, como el del prólogo, pero mas rico y mas elegante.

La escena pasa de madrugada.

ESCENA PRIMERA.

MAURICIO. ALFREDO. *Despues* EL CONDE.

Mauricio sentado cerca del velador, está ocupado en escribir; está pálido y fatigado: tiene una caja de pistolas á su lado. Alfredo está de pie cerca de él y sigue todos sus movimientos.)

MAUR. Por fin amanece!...

(Vuelve á escribir, despues se detiene un instante, mira la caja de pistolas, la retira, sigue escribiendo; por último, saca el billete de los actos anteriores y vuelve á leer.)

¡La Granja de San Norberto!... Iré esta misma mañana, antes de firmar ese fatal contrato!

(Coje su sombrero, se levanta, y se encuentra frente á frente de Alfredo.)

ALF. Salís, señor Conde? Y aun no me habeis dicho lo que quereis de mi, y por qué me habeis detenido aquí hasta ahora.

MAUR. Es verdad; perdonadme, amigo mio. Lo que tengo que deciros?... Este contrato no habla por mí? *(Mostrandole los papeles que estan sobre la mesa.)*

ALF. De modo que dejareis que se verifique ese matrimonio?

MAUR. Sí; dentro de dos horas estará firmado... y si os he detenido, era sobre todo para impedir que os avistáseis con él.

ALF. No queréis que le mate?

MAUR. No, no quiero. (*Se levanta y llama. Sale Fritz.*) Haced llevar al instante este proyecto de acta á la casa de mi notario.

CONDE. (*Aparte entrando.*) A casa de un notario!

MAUR. (*A Fritz.*) Me habeis oído?

FRITZ. Ya voy, señor Conde. (*Vase.*)

CONDE. Alfredo! (*Bajo y rápidamente pasando al lado de Alfredo.*) No dejéis realizar ese matrimonio, si amais á Irene.

ALF. (*Aparte.*) Qué querrá decir? (*Rápidamente á Mauricio.*) Y la señora Condesa, aprueba?... .

MAUR. Aprobará.

ALF. No la habeis visto?

MAUR. (*Con amargura.*) No. He tenido tiempo acaso? He empleado estas últimas horas de la noche con la cabeza entre mis manos, ó encorbado en esta mesa, forzando mi espíritu á que se concentrase en un pensamiento; pensamiento atróz que hace subir al rostro la sangre que destila la herida del corazon. (*Para sí.*) Y además, parece que Luisa huye de mí: teme por mi parte algunos reproches por no haber velado? En rigor el hombre es tan injusto!... Ah! Por qué han quebrantado mi fé! Dudo de todo, dudo de mí mismo. (*Estrechándole la mano.*) Alfredo, tú me has comprendido, no es cierto, y estoy seguro de que hablo á un hombre de honor. Esta última provocacion dirigida por tí á Monteverde no debe tener consecuencias.

ALF. Mauricio!

MAUR. No vacíes!... Esta noche pensaba en disputarte su vida, porque me pertenece toda entera. No queria que una gota de sangre fuese vertida por otra mano que la mía... Pero ahora el infame no se ha hecho de mi familia? Su crimen, que debia ser su sentencia de muerte, encadena mi mano y me fuerza, no á llamarle hermano, sino á respetar sus dias como si mereciese este nombre! No lo olvides! (*Vá á salir.*)

ALF. Adónde vas?

MAUR. Ya lo sabrás! (*Aparte.*) (A la granja de San Norberto!) (*Vase.*)

ESCENA II.

ALFREDO. EL CONDE.

ALF. (*Con fuego.*) Ya lo habeis oido: se me ordena que le deje vivir, que contenga mi justa indignacion!... Comprendo y aprecio el pensamiento fraternal de Salzberg; pero pedir que me someta á él, es exigir una cosa superior á las fuerzas humanas! Yo no soy mas que un hombre!

CONDE. Pobre Alfredo!... Bendeciriais la mano que viniese á levantar el velo...

ALF. Acabad! qué puedo saber aun? Irene...

CONDE. Todo la acusa; todas las apariencias son contra ella...

ALF. Caballero, vuestro lenguaje es estraño. Os miro y no os comprendo.

CONDE. Entonces prefiero que no me mireis!

ALF. Oh! por piedad, si sabeis alguna cosa que pueda, sino justificar, al menos escusar á Irene, decidla... decidla!... yo os lo suplico. Ya que me vea obligado á renunciar á ella, me contemplaria dichoso estimándola!... Os callais?... Mi alma, mi vida estan suspensas de vuestros labios... Y os callais!...

CONDE. (*Aparte.*) Dios mio!... Es preciso por tí, Luisa, es preciso!

ESCENA III.

DICHOS. LUISA. IRENE.

ALF. (*Con desesperacion.*) Bien lo veo!... nada teneis que decirme!

CONDE. Nada!

ALF. Insensato de mí! Me obstinaba en conservar una sombra de esperanza! Ay! todo es real, demasiado real! (*Entra Luisa.*) Irene! ella es la que ha arrojado aquel grito terrible, la que ha caido moribunda en mis brazos al recuerdo que le traian la algazara y los clamores de la orgia.

CONDE. Vamos... Alfredo!...

ALF. (*Sin escucharle.*) Y cuando trataba de apartar de ella las sospechas de su hermano, me detenía sin poder decir una palabra que me reprochase de antemano como la más odiosa de todas las mentiras! Y yo creía una blasfemia lo que era una espantosa realidad! Yo la he visto caer de rodillas delante de Mauricio y demandar gracia!... yo la he visto. Ah! qué podeis, amigo mio, qué podeis decirme despues de esto?

CONDE. (*Con voz ahogada por los sollozos.*) Es verdad!... Nada tengo que deciros.

LUISA. (*Colocándose entre los dos.*) Nada más que la verdad.

LOS DOS É IRENE. (*Entra Irene.*) Luisa!

LUISA. Y si os falta valor, padre mio, porque para salvar a una de vuestras hijas ha de ser preciso perder á la otra...

ALF. Qué dice?

LUISA. Yo tendré ese valor y cumpliré con mi deber. Se sabrá en fin...

IRENE. (*Bajando vivamente entre ellos.*) Oh!... cállate!... Cállate!... Si Mauricio lo oyése...

ALF. Irene! qué rayo de luz!

LUISA. Hablaria aunque me oyese y debiese morir á sus ojos!... hablaré! No soy más que desgraciada!... Oh! te lo juro, hermana mia; pero seria criminal si no te defendiese. Sí, Alfredo, sí; habeis dicho la verdad; la muger que ha caido de rodillas y que ha demandado gracia, era ella!... Pero la muger que habeis tenido moribunda en vuestros brazos, la muger que huia abrumada por esos recuerdos, la que por último os ha cogido la mano diciéndoos: «no hableis!... no os batais!...» esa muger era yo!

Diré todas estas palabras con una exaltacion siempre creciente: á medida que Luisa habla, Alfredo no cesa de mirar á Irene con amor.

ALF. Irene! Y yo no he advinado tu sublime abnegacion, cuando te acusabas á tí misma!...

IRENE. Ahora que me habeis comprendido, ayudadme á persuadirla que debe callarse.

CONDE. Es preciso!

LUISA. Pero, qué piensan aquí de mí, que se atreven á hacerme una proposicion semejante! Es porque hasta ahora he guardado silencio; pero hasta ahora no pensaba, no

existia, estaba loca... y no he vuelto á la vida y á la razon mas que en el instante en que habeis llorado en el seno de un amigo; cuando he visto en fin, todos los dolores de que era causa. Donde está Mauricio? Quiero verle! Quiero verle!...

Todos. Luisa!

LUISA. Alfredo, buscadle, traedle!... Ois?... traedle; pero no le digais nada; á mí, á mí sola corresponde hacerle saber que su hermana, su Irene es inocente.

CONDE. El golpe que vais á darle, Luisa, es de muerte.

IRENE. Hermano mio!

LUISA. No, no digais eso: no lo creas, Irene; por una muger culpable, lo que se puede temer no es otra cosa que desprecio y el desprecio mata el amor.

ALF. Culpable? Pero vos lo habeis dicho, y yo lo creo; vos no sois mas que desgraciada; y por mi honor, por mi vida, diria al mundo entero que vos no sois, que vos no podeis ser culpable.

CONDE. No era esa vuestra opinion cuando hace quince meses os batiais por ella!

ALF. Por ella! En efecto, me acuerdo! Ese duelo, lo ignoraba entonces, era por vos, Luisa, por vos. Ah! comprendo y bendigo la abnegacion de Irene, era un deber!

IRENE. Oyes, hermana? Acepta nuestros destinos y salva á Mauricio de la desesperacion.

LUISA. Al precio de vuestra dicha!

ALF. De nuestra dicha! no! Por mi honor y mi conciencia diré, que la jóven injustamente acusada necesita una reparacion completa y solemne. Pero esa reparacion solo puede darla el Marqués de Monteverde. Es verdad que el único sosten, el verdadero apoyo de una muger es el honor de su marido! Esa reparacion soy yo quien se la ofrezco; y habrá en el mundo una voz que se eleve para vituperarme?... y cuando yo la llame mi esposa, habrá nadie que se atreva á dudar de su honor?

CONDE. Oh! la juventud y sus inspiraciones generosas!

LUISA. Nobles corazones!... Creen que aceptaré!

CONDE. Luisa, todos os lo suplicamos...

LUISA. (*Friamente.*) Ah! Es esa vuestra opinion, padre mio? Pues bien! nada tengo ya que decir... (*Ap.*) (Ellos no me comprenderian.) Unicamente, os lo repito, quiero esperarle sola.

IRENE. Pero...

LUISA. (*Impaciente.*) Si... tengo necesidad de reflexionar, de armarme de fuerza y de valor! Ya comprendéis, no se toma una decision así de un golpe sin lucha ni combate. Ya le oigo!... Se aproxima!... Dejadme!...

IRENE. Sí, te dejo, hermana mía!

ALF. (*Saliendo con ella.*) No me alejaré.

CONDE. (*Ap.*) Voy á ver al odioso Marqués! El hombre honrado no tiene mas que una palabra!

ESCENA IV.

MAURICIO. LUISA.

LUISA. (*Sosteniéndose apenas.*) El es!... Me creia mas fuerte... (*Quiere avanzar, vacila y cae sobre una silla.*)

MAUR. (*Sale por el lado opuesto por donde se han ido los otros. Con agitacion.*) Qué he visto!... Gran Dios!... qué he visto!... Ese niño!... Es el cielo ó el infierno quien ha dirigido mis pasos hácia ese sitio fatal?... Luisa!... estabas ahí?

LUISA. Os esperaba.

MAUR. (*Amargamente.*) Para qué has venido? Para tratar de consolarme?...

LUISA. He venido, señor Conde, porque es preciso que os hable de vuestra hermana.

MAUR. (*Con violencia.*) Mi hermana! No pronuncieis esa palabra! Irene no es mi hermana. Irene es la querida del Marqués de Monteverde.

LUISA. (*Retrocediendo y balbuciente.*) Su querida! De modo que no admitireis nunca que una muger, Irene, ú otra cualquiera, acusada como ella, puede tener aun derecho, si no á la simpatía, al menos á la estimacion y á la piedad de las gentes honradas!

MAUR. Las gentes honradas!... Los que tienen una lágrima pronta á toda ocasion para los malos como para los buenos!... No; yo no tengo para Irene la piedad de esas gentes honradas.

LUISA. Sin embargo, escuchadme, en nombre del cielo! Hay en la vida de esas circunstancias fatales, de esas terribles casualidades que disponen de un destino, que le marchitan, que le matan sin que la voluntad tenga parte en na-

da. Si supiéscis cuánto ha sufrido la que condenais sin oírla!...

MAUR. Irene!...

LUISA. Las lágrimas que ha derramado!... las torturas que ha sufrido, nada mas que para conservar la voluntad de vivir... Ah! si el cielo no hubiese dotado á la madre de una segunda vista, de un doble valor, habria muerto hace mucho tiempo.

MAUR. Muerto! Pobre hermana mia!...

LUISA. No me escucháis?

MAUR. Sí, hablad! lo que me decís es desgarrador para mí; pero me consuela que la justifiqueis...

LUISA. (*Arrodillada.*) Oh! la perdonareis si os prueba que es digna?...

MAUR. Yo? Sí, quizás, porque yo no soy mas que su hermano; pero Alfredo, Alfredo que la ama con otro amor!...

LUISA. Alfredo me pedía hace poco que le concediese su mano.

MAUR. Está loco!... Bajo el imperio de una pasión noble y generosa, no vé el porvenir! no piensa que llegará un día, mañana tal vez, en que el pesar se apoderará de él, ó cree que no es necesario que todos digan que su muger es digna del respeto de todos? Oh! Señora! hay un pensamiento que hiere el corazón, mas duramente que el hierro, mas seguramente que el veneno.

LUISA. (*Aparte.*) Oh! es mi sentencia!

MAUR. (*Con fuerza.*) No! amo demasiado á Irene para condenarla á esa vida de miserias; debo demasiado á Alfredo para esponerle á sentir lo que yo he sentido cuando os creí culpable!

LUISA. (*Balbuente.*) Cuando me creísteis culpable!

MAUR. Sí! he dudado, lo que dura un relámpago!... (*mirando las pistolas,*) pero lo bastante para haber sentido que un marido puede matar á su muger, á menos que el arma agitándose entre sus manos en el momento de herir, no se volviese contra él!

LUISA. (*Aparte. Ha visto todos sus movimientos.*) Se hubiera matado, y yo iba!... (*Alto.*) Oh! no digáis que hubiérais atentado contra vuestra vida; no hubiérais pensado al menos en vuestra hermana?

MAUR. No; en tí, en tí sola, Luisa: tú, esposa mia, á quien amo, y de quien soy amado, no es verdad?... Oh! este

pensamiento de no creer en tu amor, de encontrarte culpable!... este pensamiento me hubiera herido de muerte.
 LUISA. (*Aparte desfalleciente.*) Ah! qué cobarde soy! no le desengaño! (*arrancándose de sus brazos.*) Díce verdad, Dios mío!... le amo, le amo y no puedo matarle!... no, no puedo.

ESCENA V.

DICHOS. FRITZ.

FRITZ. El notario está en el salon, y á las órdenes del señor Conde.

MAUR. (*Despidiéndole.*) Está bien! voy!...

LUISA. Mauricio, ese matrimonio no puede hacerse!... no se hará!

MAUR. Y quién ha de impedirlo?

LUISA. (*Con fuerza.*) Yo!... yo á quien Irene no ha llamado en vano amiga suya!

MAUR. (*Friamente.*) Escuchadme, señora! Para haber decidido que ese matrimonio se verifique; para haber impuesto silencio á mi odio, era menester que hubiera juzgado esa union indispensable á la rehabilitacion de Irene.

LUISA. (*Con energia.*) La rehabilitacion de Irene? Pero tenéis ni una prueba que la acuse?...

MAUR. Una prueba! Ah! Creéis, Luisa, que no existe ya esa prueba?... Habéis sabido ya la horrible desgracia...

LUISA. Qué desgracia?

MAUR. Ese niño...

LUISA. (*Temblando.*) Ese niño!... por qué me habláis de ese niño? Qué quereis decir?... no os comprendo.

MAUR. (*Mirándola.*) He creído que sabiais...

LUISA. (*Temblando.*) No!... no sé nada...

MAUR. Un suceso terrible!... aun estoy aterrado!... Oh! los decretos de Dios son impenetrables!

LUISA. (*Balbuente.*) No comprendo...

MAUR. Esta mañana, arrastrado por una fuerza irresistible, he ido á la granja de San Norberto...

LUISA. (*Temblando.*) A la granja!!

MAUR. Qué iba á hacer allí?... No lo sé, pero he ido.
 (*Pausa.*) Qué horrible espectáculo se ofreció entonces á mi vista!... Todos los habitantes pálidos, espantados, mi-

raban con un terror estúpido las llamas que rodeaban la granja.

LUISA. (*Asimismo.*) El fuego... en la granja...

MAUR. Y entre todas aquellas voces que gritaban, una mas angustiosa que las demás, la de la dueña de la granja, Catalina Plimam, dominaba á las otras!... «Salvadle, gritaba sollozando, ha quedado dentro! Salvadle!»

LUISA. (*Con angustia.*) Pero, quién?

MAUR. Un niño!...

LUISA. (*Con un grito de terror.*) Un niño!

MAUR. Aquel cuyo nacimiento era la vergüenza, el oprobio de nuestra casa.

LUISA. Dios mio!

MAUR. Un instante, un solo instante mas, y esta prueba terrible de nuestro deshonor iba á desaparecer para siempre. Nadie se movia, porque tratar de salvarle era correr á una muerte cierta. Cómo podria llegar yo hasta la cuna?

LUISA. (*Queriendo ir hácia él y retrocediendo.*) Vos!

MAUR. Cómo atravesaria tantos escombros, tantos obstáculos?... no sé! no sentia, no veia nada! nada mas que una criatura de Dios que iba á morir! Pobre inocente!... que sonreia entre las llamas que le rodeaban, que tendia sus bracitos á la muerte que venia á sorprenderle... Iba, en fin, á cojerle, cuando en aquel momento, una viga abrazada...

LUISA. (*Con un grito desgarrador.*) Ah! muerto! muerto!

MAUR. (*La mira, despues la coje la mano.*) Qué tencis, señora?

ESCENA VI.

DICHOS. IRENE.

IRENE. Soy yo!... yo, que la he asustado, entrando asi de repente.

MAUR. (*Aparte.*) Luisa!... Irene!... las dos pálidas y temblorosas!... Esta duda me mata!... (*Se dirige á ellas y agarrándolas de las manos dice.*) Miradme, miradme las dos!... la una y la otra, lo quiero... lo mando!!

FRITZ. (*Entrando vivamente.*) Señor Conde?

MAUR. Qué hay?

FRITZ. (*Bajo.*) Un hombre, un aldeano que viene de San Norberto y quiere hablar al momento á estas señoras.

MAUR. (*Aparte vivamente.*) De San Norberto!... Yo solo recibiré á ese hombre! Oh!... la verdad!... La verdad!... él me la dirá quizá. (*Sale bruscamente con Fritz.*)

ESCENA VII.

LUISA. IRENE.

IRENE. Ha salido!... puedes llorar, Luisa!... Me oyes, Luisa?

LUISA. (*Pálida y moribunda.*) Llorar yo!... quisiera... pero no puedo...

IRENE. Hermana mia!... Vamos, un poco de valor!

LUISA. Valor!... Pero no has oído que mi hijo ha muerto!...

(*Sollozando.*) Si supieras como le quería... le quería, no con esa ternura pacífica y tranquila de las madres dichosas á quienes nadie puede arrebatár su tesoro mas preciado, sino con ese amor inquieto, devorador, como todos los sentimientos que no pueden tener expansion, y que en lucha con el corazón, concluyen por formar con él un caos horrible donde las lágrimas destilan sobre las alegrías, y las hacen amargas como los dolores!... Y él, pobre niño, él me conocía... sonreía... era hermoso como un ángel!... Catalina decía que cuando yo salía se quedaba largo rato mirando á la puerta... Ah! no me sonreirá mas!... no buscará ya con sus ojos á su pobre madre!... ha muerto!... muerto!... muerto...

IRENE. (*Asustada.*) Luisa! por piedad!...

LUISA. Oh! todo me es igual ahora que no tengo hijo!...

IRENE. (*Vivamente.*) Mi hermano!

LUISA. (*Temblando.*) Ah!

ESCENA VIII.

DICHAS. MAURICIO. *Después Tomás.*

MAUR. (*Cólerico.*) Nada, ni una palabra, ni un indicio; pero gracias al cielo no me ha comprendido ese aldeano que traía flores de San Norberto.

LUISA. Flores! Hablad! por piedad, responded! qué flores?...

IRENE. Luisa!...

MAUR. Y qué os importa, señora?

LUISA. Y ese aldeano, donde está?... Quiero verle.

MAUR. Ha marchado.

LUISA. Dios mio!

TOMAS. (*Apareciendo por la izquierda.*) Todavía no, señor Conde... Dispensadme que os haya desobedecido; pero Catalina Plimam, despues de lo que ha pasado hoy, no me hubiera perdonado el que no entregase su ramo á quien iba dirigido, y yo le entrego: aquí está!

LUISA. (*Cogiendo las flores y riendo que son violetas. dá un grito.*) Ah!

MAUR. Esa emocion!

IRENE. Hermana mia!...

(*Luisa cambia de expresion como experimentando un sentimiento de duda y temor despues de lo dicho.*)

LUISA. Y sin embargo, no es un sueño! Irene, hermana mia, son violetas, es verdad?

IRENE. Sí!...

LUISA. Pero entonces lo que acabo de saber... ese incendio...

TOMAS. Se ha apagado!... (*Bajo.*) Gracias á vos, señor Conde.

MAUR. Silencio!

LUISA. Y Catalina Plimam?

TOMAS. Salvada, puesto que me envia.

LUISA. Y el niño?

MAUR. (*Bajo.*) Silencio!

TOMAS. (*Bajo.*) No quereis que diga que le habeis salvado, señor Conde?...

MAUR. (*Bajo.*) No; cállate y vete!

LUISA. El niño!... el niño!...

TOMAS. Lo he prometido! El niño, salvado tambien.

LUISA. Salvado! salvado! hijo mio!

MAUR. (*De redillas.*) Ah! Era ella!

(*Que ha observado todos sus movimientos.*)

ESCENA IX.

DICHOS menos TOMÁS.

LUISA. Salvado! flores benditas!... (*En un transporte de alegría.*) Cuánto os amo!... Se ha salvado!... Le habia abandonado, este era mi crimen!... Merecia que Dios me lo tuviese en cuenta! Una madre que reniega de su hijo!... Pero Dios es la bondad misma! (*Riendo y llorando y abra-*

zando el ramo.) Ah! mi querido hijo!... Como voy á amarte!... Ya verás, ángel mio, mi tesoro, mi sangre! mi alma!

MAUR. *(Conteniéndose.)* Señor!... callaos!... callaos!...

LUISA. Pero si está vivo... Comprendeis!... vivo! vivo!

MAUR. Ah! es demasiada infamia!

(Lleva maquinalmente la mano á las pistolas.)

IRENE. Mauricio, perdon!... Ya ves que está loca!

MAUR. *(Dejando su arma.)* Loca!...

LUISA. Yo loca?... Ah! dice eso? Lo sé: quiere guardárselo para ella; pero no, yo, yo soy su madre!... ved mi corazón!... late precipitado!... mi semblante está inundado de lágrimas... lágrimas que no hacen mal. Mirad á Irene, va no llora: en sus ojos no hay mas que temor... Es que la madre ha encontrado á su hijo!

(Mauricio, cuyo furor ha aumentado al mismo tiempo que la alegría convulsiva de Luisa, y cojiendo una de las pistolas se lanza sobre ella.)

MAUR. Desventurada!...

IRENE. Ah!

(Irene dá un grito. Alfredo entra y detiene el brazo de Mauricio.)

ESCENA X.

DICHOS. ALFREDO.

ALF. Detente, Mauricio!

MAUR. Atrás! Con qué derecho vienes á ponerte entre el juez y la víctima? Atras digo!...

(Queriendo rechazar á Alfredo que se pone siempre entre él y Luisa, toca violentamente el brazo de Alfredo, que dá un grito de dolor y cae desmayado.)

ALF. Oh!

IRENE. Cielos! estais herido?

MAUR. Desgraciado! qué has hecho?

ALF. *(Levantándose y llevando la mano á su brazo.)* No es esto lo que debe escitar tus pesares y tu arrepentimiento. Ya ves!... estoy tranquilo! no sufro; esa herida la bendigo!... La recibí en otro tiempo defendiéndola!...

MAUR. A Luisa!...

ALF. Y por ella acaba de abrirse ahora de nuevo! La bendigo... la bendigo, porque apaciguará tu cólera, porque será la defensa y la justificación de Luisa!

MAUR. Qué dices?...

ALF. La verdad. Acuérdate de el dia en que casta y bella te dió su amor y su vida, y tú proscrito, tú, de quien ella habia rehusado la fortuna y con quien venia á compartir la desgracia y el destierro!...

MAUR. (*Mirando á Luisa conmovido.*) Es verdad! Dios mio! es verdad! no lo he olvidado!

ALF. Acuérdate de qué manera fué arrancada de tus brazos; pobre niña abandonada en un miserable molino, no supo hacer mas que rogar á Dios! Al dia siguiente un infame, el asesino de su honor, se atrevia á vanagloriarse de su cobardía en mi presencia, ignoraba entonces quién era la mujer, pero mi corazon habia adivinado su inocencia, y mi brazo se habia armado para defenderla... Y hoy, hoy que la conozco, que la venero, que estoy orgulloso en llamarla mia, hermana, dime, sientes aun que la haya defendido contra tí mismo?

MAUR. (*Con los ojos fijos en Luisa y estrechando la mano de Alfredo.*) La voz que acabo de oír y que ha hablado tan alto y tan noblemente del deber y de la lealtad, es la de Alfredo, un amigo verdaderamente de este nombre, á quien mi honra no es menos querida, y esa mujer que llora, esa mujer contra la cual mi mano furiosa... es Luisa!... Luisa!... Al lado de la grandeza de alma del uno, de la resignacion de la otra, me siento pequeño y miserable, tengo que avergonzarme de mi arrebato, y demandar gracia para mí!... Pobre Luisa, que he podido maldecirte por el crimen de otro!... Yo que perseguia con igual cólera al verdugo y la víctima!... (*Cae de rodillas delante de Luisa.*)

LUISA. Ah! Mauricio! (*Levantándolo.*)

(*Mauricio la abraza. Fritz aparece en el fondo. Tomás á la izquierda.*)

ESCENA XI.

Dichos. FRITZ. Despues TOMÁS.

FRITZ. Señor Conde, el notario espera.

MAUR. Y el noble desposado, donde está?

FRITZ. El señor marqués de Monteverde? acaba de ser recibido por el señor conde Seliñan á la entrada de la calle de árboles.

MAUR. Por fin voy á encontrarme enfrente de ese hombre.
(Lanzándose hácia el foro.)

ALF. No antes que yo, hermano mio!

LAS DOS. Mauricio! Alfredo!... (Todos se fijan en Tomás.)

MAUR. Qué quieres?

TOMÁS. Hay aqui una pobre mujer que os suplica que la recibais.

LUISA. Una mujer!...

TOMÁS. Sí, Catalina Plimam, la de la Granja de San Norberto.

MAUR. Catalina!

TOMÁS. Y con ella el niño, cuya vida habeis salvado.

LUISA. (Yendo hácia la puerta.) Ah!... está ahí! Y por vos!... por vos le vuelvo á ver!... (Volviéndose á Mauricio.) Vos el salvador de mi hijo! Y estábais á mis pies cuando debo besar los vuestros!

(Mauricio la contiene dulcemente en el momento en que va á arrodillarse delante de él, atrae su cabeza sobre su pecho. Alfredo é Irene se acercan á él.)

MAUR. (Con una especie de exaltacion religiosa.) Oh! En este momento todo pensamiento de odio y de venganza debe extinguirse, pero es necesario que impida que ese hombre entre en mi familia por un crimen! (Diciendo estas palabras mira por la izquierda y se dispone á salir. Movimiento general.) No me impidais usar de mi derecho, y creed, como yo, en la justicia del cielo!

(Las dos mujeres caen de rodillas. Tomás y Fritz se descubren involuntariamente. Mauricio va hácia el fondo; pero antes de desaparecer se oyen dos pistoletazos, á poco tiempo uno de otro. Conmoción general.)

MAUR. Ah!

ESCENA XII.

Dichos. EL CONDE.

CONDE. Perdonadme por haber tomado vuestro lugar. El marqués de Monteverde ha muerto por mi mano!

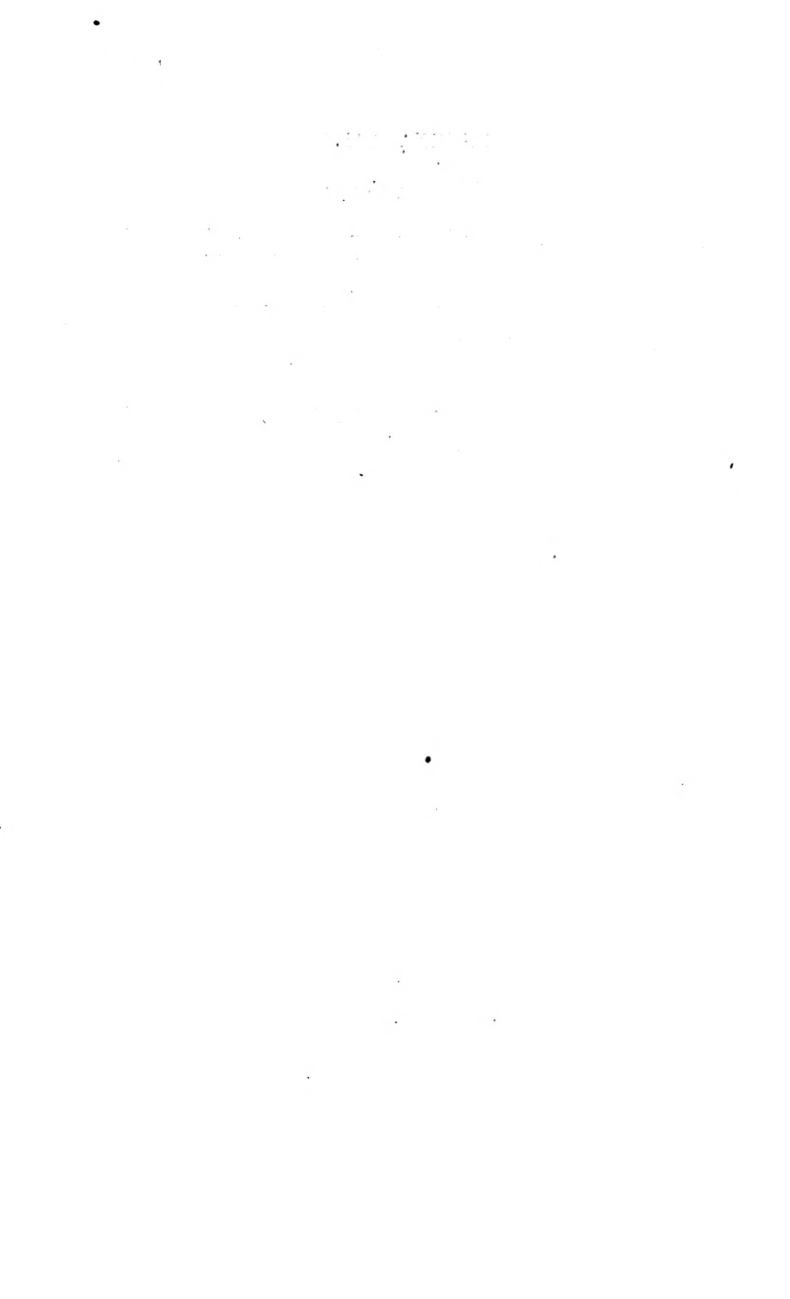
IRENE. Vos un duelo!

CONDE. El primero y el último de mi vida! Habia hecho una promesa y la he cumplido! *(Se agrupan á él y le estrechan la mano con efusion.)*

TOMÁS. Catalina Plimam espera.

MAUR. Luisa!... Vé á abrazar á tu hijo! *(Da un paso hacia la puerta de la izquierda. Cae el telon.)*

FIN DEL DRAMA.



CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

de la vejez.

odio y amor.

alma.

des de la muerte.

ador.

eren las cosas.

ño.

los años mil...

erencias.

ervos.

al y paje.

Y pelucas.

Madrid.

de casas.

rama heróico.

ux.

sin razon.

Guevara.

apen palabras.

on buena suerte.

rientes y amigos.

na a su modo.

Capital.

o á cuchilladas.

políticos.

el Erayo.

to de Cabrera.

es la fortuna.

s contra un tio.

gundo y Quinto.

Rey.

n moda.

achemira.

Feudal.

una flor.

!!

sto.

s anda el juego.

o y la tapada.

de camisa.

las desdichas, ó l...

nes.

El pacto de sangre.

El alma del Rey Garcia.

El afán de tener novio.

Esperanza.

El Gran Duque.

El Héroe de Bailen, *Loa y Co-*
rona Poética.

¡En crisis!!!

El Licenciado Vidriera.

Echarse en brazos de Dios.

El suplicio de Tántalo.

El Justicia de Aragón.

El Veinticuatro de Febrero.

El Caballero del milagro.

El que no cae... resbala.

El monarca y el Judío.

El bollo y la viuda.

El beso de Judas.

El rico y el pobre.

El Niño perdido.

El amor por la ventana.

El juicio público.

El corazón de un padre.

Faltas juveniles.

Flor de un día.

Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.

Historia China.

Hija y madre.

Instintos de Alarcon.

Indicios vehementes.

Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.

Juan sin Pena.

Juana de Arco.

Judit.

Jaime el Barbuído.

Jorge el artesano.

Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.

La Alegria de la casa.

Los Amantes de Teruel.

Los Amantes de Chinchon.

Los Amores de la niña.

Las Apariencias.

La Banda de la Condesa.

La Ballasara.

La Creacion y el Diluvio.

La Esposa de Sancho el Bravo.

Las Flores de Don Juan

La Gloria del arte.

Las Guerras civiles.

La Gitanilla de Madrid.

La escala del poder.

La Hiel en copa de oro.

Los empeños de un acaso.

Las tres manias, ó cada loco

con su tema.

La Herencia de un poeta.

Lecciones de Amor.

Lorenzo me llamo y Carbonero

Toledo.

Lo mejor de los dados...

Llueven hijos.

Los dos sargentos españoles,

ó la linda vivandera.

La Madre de San Fernando.

La verdad en el Espejo.

La boda de Quevedo.

La Rica-hembra.

Las dos Reinas.

La Providencia.

Las Prohibiciones.

La campana vengadora.

La libertad de Florencia.

Los dos inseparables.

La pesadilla de un casero.

La voz de las Provincias.

La archiduquesita.

La Crisis.

Los extremos.

La hija del rey René.

La bondad sin la experiencia

Locura de amor.

La escuela de los perdidos.

La corte del Rey poeta.

La resurreccion de un hombre

Mal de ojo.

Mi mamá.

Misterios de Palacio.

Martin Zurbano.

Mariana Labarlu.

Nobleza contra Nobleza.

Negro y Blanco.

Ninguno se entiende.

No hay amigo para amigo.

No es la Reina!!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardín.
Piensa mal... y errarás.
Por un sombrero y un reloj.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen
Simpatía y antipatía
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Una conversión en 3 minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una lección de corte.
Una muger misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del día.
Un pollito en calzas prietas.

Un si y un no.
Un nuésped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandos
la Serranía de Roncesvalles

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Un amanecer.
Al sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El casero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.

El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta
la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música*.)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Croschi.
Galanteos en Venecia.
Un día de reinado.
Pablito (Segunda parte de Don
Simon)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
Estebanillo.
La Cacería real.
El Hijo de familia, ó el lancero
voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.

El trompeta del Archiducado
Moreto.
Loco de amor y en la cama.
Los diamantes de la Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó
gro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó
Maestro.
Alumbra á este caballero.
El Sargento Federico.
El amor y el almuerzo.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, nº
cuarto segundo de la izquierda.